

OLGA SALAR

El Señor
del Edén

**El señor del Edén.
Serie nº 4**

©2018, El señor del Edén © 2018 Olga Salar.
Registro en SafeCreative. Código de registro: 1802275904941.
Imagen original vectorial: AdobeStock.
Diseño ©Lorraine Cocó.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Sobre Olga Salar](#)

[Otras obras de la autora](#)

Capítulo 1

Camilla.

A pesar de la fama del Edén y del éxito que ha tenido desde que abrió, es la primera vez en mi vida que lo visito y, el único motivo por el que lo hago es porque han contratado mis servicios y el dinero me hace falta.

Según me contaron al ponerse en contacto conmigo, el local cumple su primer año abierto y los dueños no han encontrado mejor forma de celebrarlo que contratarme a mí para que atienda a sus clientes. Normalmente solo los atiendo en mi espacio personal, que es donde me siento más cómoda, pero el dinero que me ofrecieron acabó por decidirme a aceptar y aquí estoy.

No obstante, me preocupa la gente que se pueda acercar a mí, no a todo el mundo le gusta lo que le digo y por mi experiencia los que se lo toman mal, se lo toman muy mal. Sin término medio.

Siendo sincera muy poca gente encuentra lo que busca en mis predicciones y yo no soy una trovadora, que disfraza la verdad con bonitos versos, ni verdad es auténtica para bien o para mal.

Aun así, me cuadro de hombros, para armarme de valor y me planto delante del vigilante de la puerta. Es un tipo grandote y moreno que intimida.

—Todavía no abrimos. —Su voz es tan imponente como él—. Vuelva dentro de una hora.

—Soy Camilla.

—¿La adivina?

—Es pitonisa. —Le corrige una chica pelirroja que está saliendo en ese instante por la puerta que él custodia.

Noto el modo en que el grandote se relaja en cuanto la ve. Es evidente que son algo más que compañeros de trabajo.

—Exactamente —corroboro.

La pelirroja me tiende la mano y, aunque no me gusta tocar a la gente, no quiero empezar mal la noche por lo que se la estrecho con mucha tensión.

Gracias a Dios, el contacto no me aporta nada y puedo sonreírle con auténtica sinceridad.

—Un placer conocerte. Ven conmigo, te acompañaré para que conozcas a Sam. Te está esperando.

—De acuerdo. —Me doy la vuelta para despedirme del portero—. Hasta luego.

Hace un gesto con la mano y vuelvo a asombrarme por su tamaño. Cierto que es grande, pero el tipo está bien proporcionado, eso no voy a negarlo.

—Por cierto, me llamo Abby.

—Camilla.

La sigo por los pasillos hasta que llegamos a la parte de atrás de la discoteca. Parece un almacén, aunque también diviso un ordenador portátil sobre un montón de cajas, por lo que no me queda muy claro para qué sirve este espacio.

Abby llama en voz alta y cuando está tratando de disculparse conmigo con la mirada, ya que al parecer nos han dejado colgadas a ambas, aparece un hombre alto y fuerte con el cabello negro. Es lo único que logro distinguir de él porque lo cierto es que mi cuerpo está reaccionando de un modo extraño a su presencia.

Es la primera vez que me sucede y sé que no se trata de atracción física o sexual. Es algo distinto y mucho más aterrador que la simple afinidad física.

Cuando por fin se planta frente a mí, estoy temblando de pies a cabeza. La sola idea de tocarle me hace entrar en pánico, si es capaz de hacer que me sienta de este modo solo con tenerlo cerca, ¿qué me hará si le toco?

—Sam, esta es Camilla.

Es entonces cuando me fijo en sus ojos, son tan negros que resultan llamativos. Apenas se distingue la pupila en ellos.

Mi campo de visión se amplía cuando le veo alzar la mano como a cámara lenta. Sé que es quien me paga y que no tengo que despreciar a quien lo hace, por lo que casi contengo la respiración y alargo la mano para estrechar la suya. Contra todo pronóstico su tacto es cálido, suave y calmante.

El estallido que esperaba sentir al tocarle se queda en nada.

La tensión que llevo todo el día acumulando abandona mi cuerpo. Mis músculos agarrotados se relajan y mi pulso se calma.

Y lo más extraño, tengo la estúpida sensación que gracias a ello esta noche podré dormir, por primera vez en mucho tiempo, del tirón.

—Encantado de conocerte, Camilla.

—Lo mismo digo, Sam.

Y lo cierto es que lo digo de verdad, lo que me sorprende todavía más porque mi círculo es muy cerrado y la gente que no conozco me incomoda.

Razón de más para no quedarme en este sitio más de lo necesario.

Capítulo 2

Sam

No soy de los que se vuelven locos por una cara y un cuerpo bonitos, nunca lo he sido. A mí me va más lo que no se ve y que solo se intuye. E incluso en esos casos suelo ser más que precavido.

La personalidad de una mujer me resulta más irresistible que unas medidas perfectas. Y aun así, cuando la pitonisa que han contratado Adam y Jacob se planta delante de mí, tengo que disimular la reacción que su visión provoca en mi cuerpo.

Está a unos pasos de mí, tímida y expectante y desde esta distancia puedo oler su perfume.

Es la primera vez que me sucede, en primer lugar porque no suelo fijarme en esa clase de cosas y, en segundo lugar, porque nunca he tenido un olfato afilado. No obstante, ahora mismo puedo asegurar que ella huele a flores y a miel.

Le ofrezco mi mano para saludarla y noto cierta vacilación en ella.

Sonrío. Es evidente que no le he caído bien. Y lo cierto es que no sería la primera vez que me sucede. Había creído que dejar mi pelo de su color natural ayudaría a dejar de intimidar a la gente, pero parece que el esfuerzo ha sido en balde.

De alguna manera el que Adam y Jacob tengan pareja y parezcan tan

felices ha terminado por ablandarme. Voy a tener que volver al rojo, con el que me siento más a gusto.

Cuando por fin se decide y me devuelve el gesto, siento su mano caliente y una sacudida inesperada está a punto de cortarme la respiración.

Esto va a ser interesante, me digo y con un par de palabras amables la despido y dejo que sea Abby quien le muestre donde hemos colocado su puesto para esta noche.

Aun estando detrás de la barra soy capaz de controlar todo lo que sucede en el Edén. Cada uno de nosotros somos especiales en algo, Jacob es un genio de los números, Adam de la diplomacia y yo, soy muy intuitivo y perspicaz. Si hubiese tenido la edad adecuada durante la guerra fría habría sido el mejor espía de la historia, por lo que mis amigos me dejan a mí la elección de personal.

Camilla no ha dejado de atender a nuestros clientes desde que hemos abierto las puertas, por lo que decido acercarme a ella para informarle que, al igual que todos mis empleados, tiene derecho a tomarse un descanso.

Noto que Abby se ha dado cuenta de mi interés, pero no me importa. Eso me evitará tener que contárselo más tarde por lo que le sonrío y sigo hacia donde está nuestra atracción estrella.

Me coloco a su espalda, esperando que acabe con la pareja con la que está hablando y, cuando termina, le hago un gesto al siguiente en la cola para avisarle que no es buen momento para que se siente.

El tipo, un cliente habitual, asiente con una sonrisa y me deja pasar delante.

—Es hora de que te tomes un descanso —le ofrezco sin sentarme.

—Estoy bien.

—Te corresponden dos descansos, Camilla. Tómate una copa y desconecta unos minutos.

Ella me observa como si tratara de leer en mí, pero eso es imposible por lo que no le muestro ninguna expresión que pueda delatar lo que pienso.

—No bebo.

—Siempre hay una primera vez.

—Nunca bebo —remarca la primera palabra.

—De acuerdo. Pues un refresco.

—No crees en lo que hago, ¿verdad?

Al parecer sí que puede leerme.

—No mucho.

Lo piensa unos segundos y recoge las cartas de la mesa. Las baraja y las deja de nuevo sobre el mantel.

—¡Corta! —me pide.

Me río, y esta vez lo hago de verdad. Suelto una carcajada porque esta mujer me divierte más de lo que jamás hubiera imaginado. No solo es bonita sino que, además, tiene una mezcla interesante de carácter y timidez que me descoloca.

Hago lo que me pide y parto la baraja en dos mitades.

—Un número.

—El tres.

La veo sacar dos cartas, que desecha y es a partir de la tercera cuando va llenando la mesa de cartas.

—Veo una mujer. Alguien que va a cambiar tu vida.

Demasiado serio. Decido provocarla.

—¿Estás tratando de ligar conmigo? Porque si es así, acepto lo que sea que tengas en mente.

Ella me mira con intensidad unos segundos antes de responder.

—Da igual lo que te diga, no vas a creer en esto.

Me encojo de hombros.

—Lo siento. Soy demasiado terrenal para creer en lo sobrenatural.

—En ese caso voy a aceptar tu oferta y a tomarme unos minutos de descanso.

—Perfecto. Mientras tú te tomas un refresco yo trataré de contener a tus fans. —Sé que ha sonado borde y que a ella le ha dolido. Y no ha sido mi intención. Tan solo pretendía bromear con ella y borrar esa seriedad de su bello rostro.

—Te lo agradecería.

Está claro que esta mujer no se achica con nada. Y eso es malo, muy malo porque me gusta.

Capítulo 3

Camilla.

Me tiemblan las rodillas cuando me acerco a la barra para pedir un refresco. Abby, la pelirroja tan amable que me ha recibido al llegar, es la que se acerca a mí con una sonrisa para preguntarme qué deseo beber.

Le pido un refresco de limón, aunque lo que realmente deseo es salir de aquí cuanto antes.

Es la primera vez que hago mi trabajo en un local tan lleno de gente, normalmente lo hago en mi casa, donde me siento cómoda y protegida, todo lo contrario a cómo me siento ahora mismo.

Tengo una sensación extraña que se me aferra a la boca del estómago y la mayor parte de ella se debe a Sam.

Le devuelvo la sonrisa a Abby, cuando se acerca de nuevo y me pone un refresco delante y tras darle un sorbo largo, decido que necesito que me dé el aire.

—Sí que tenías sed.

—Sí. No he bebido nada desde que llegué.

—La próxima vez hazme un gesto con la mano y te llevaré algo a la mesa.

—¡Gracias! Abby, ¿dónde puedo descansar unos minutos del ruido?

Me ofrece una sonrisa comprensiva y me hace un gesto con la mano para

que me espere. Antes de que me dé cuenta ha dado la vuelta y está fuera de la barra a mi lado.

—Sígueme.

Asiento y la sigo cuando se mete por lo que parecía una pared, pero es un pasillo que va paralelo a la discoteca. Tras varios metros nos topamos con una puerta, que por las señalizaciones es la de emergencia.

—Esta es la parte de atrás del Edén. Por aquí solo venimos los trabajadores en nuestro tiempo de descanso.

—¡Gracias!

—De nada, Camilla. —Tras ofrecerme una nueva sonrisa la veo marcharse de nuevo al Edén.

Este local está repleto de gente interesante, pienso. Abby me ha parecido encantadora, Jacob, el hombre de la puerta me ha resultado intimidante e interesante al mismo tiempo y Adam, el gerente que fue quien me contrató, me pareció alguien con mucho temple y, sobre todo muy locuaz.

Del resto solo he visto a los camareros y, por supuesto, a Sam. Y a diferencia de con sus compañeros con él no me atrevo a lanzar una hipótesis sobre su carácter.

Apoyada en la pared, le doy el último sorbo a mi bebida y me armo de valor para volver a entrar.

Estoy nerviosa. Más que antes. Y sé perfectamente porqué.

Me encamino hacia la misma puerta por la que he salido, con el vaso

vacío en la mano y, cuando estoy a punto de entrar, me choco de frente con Sam con tanta fuerza que tiene que sujetarme para que no me caiga al suelo por la inercia. Y es en ese preciso instante cuando sus manos están alrededor de mí, que mi corazón se acelera y me dejo caer sobre su pecho con total confianza.

Sé lo que va a pasar, lo he visto antes de que suceda y sé que me va a dejar temblando como una hoja y con los nervios alterados durante horas. Aun así, me preparo para disfrutarlo y cuando Sam se inclina sobre mi rostro, separo los labios con anticipación, invitándole a entrar en mi boca.

El beso es tan intenso que siento que las rodillas no van a sujetarme.

Todos mis sentidos se aturullan con sus caricias, su perfume y la calidez de su cuerpo.

Su lengua me reta a seguirle el ritmo, a devolverle cada caricia y cada provocación y yo acepto. Le paso los brazos por detrás de la nuca y jugueteo con su pelo, mientras aprieto mi cuerpo al suyo.

Es el ruido del vaso al estrellarse contra el suelo lo que me saca del trance sensual en el que me había perdido.

Capítulo 4

Sam

Cuando el vaso se estrella contra el suelo se acaba la magia y el cuerpo de Camilla se tensa en mis brazos. La suelto para que se relaje, pero sé tan bien como ella misma, que eso no va a ser posible.

Hay una intensa conexión entre nosotros y no sé de dónde ha salido. Sea como sea he deseado besarla desde el instante en que mis ojos se han posado en ella.

—No deberíamos...

—Ha sido culpa mía. Discúlpame. —No sé por qué lo he hecho así que la mejor opción, teniendo en cuenta que trabaja para mí, es que me disculpe con ella y me olvide del tema.

—No, no preocupes.

—No volverá a pasar —insisto tratando de tranquilizarla.

Ella sonrío con una mezcla de tristeza y diversión.

—No es cierto, pero gracias por tratar de hacerme sentir mejor. —Se marcha antes de que pueda comprender el significado de sus palabras.

¿Me está diciendo que quiere volver a besarme o que gracias a su don sabe que va a volver a suceder? Tras varios segundos de perder el tiempo pensándolo llego a la conclusión de que me da igual. Aquí lo único importante es que voy a volver a saborear esos labios dulces que, por un momento, me han

hecho perder lo que más valoro, la lucidez.

Tras asegurarme que nadie ha visto la escena, lo que menos necesito ahora mismo es que Abby me haya visto, me relajo cuando compruebo que no es el caso. De modo que sigo a Camilla al interior del Edén y trato de tomármelo como una anécdota sin importancia.

Cuando regreso a mi puesto la veo sentada de nuevo frente a su mesa atendiendo a otra de las asistentes. Parece relajada, como si no le hubiera afectado el beso, pero por mucho que finja sé que se ha quedado tan impactada como yo.

—¿Qué estabas haciendo fuera? —pregunta Abby por detrás.

Para que pudiera escucharla se ha inclinado sobre mi oído y, nunca me había sucedido antes, ni siquiera me he dado cuenta de su presencia.

—No me has visto venir. —Y su voz suena tan asombrada como estoy yo.

—Estaba despistado.

—Tú nunca te despistas —insiste.

—Alguna vez tenía que ser la primera —me defiendo—. La fiesta de mañana me tiene con mil cosas en la cabeza. Mil detalles que ultimar.

Se encoje de hombros, pero la conozco lo suficiente como para saber que no está del todo convencida con mi respuesta.

—¿Qué te parece la chica nueva? —pregunta de repente.

—¿Qué chica nueva?

—Camilla.

—No es nueva, es solo circunstancial.

—¿Estás seguro?

La miro mal, pero ni se inmuta. Sabe que la quiero con lo que no logro engañarla.

—Por supuesto. La contratación del personal es tarea mía y no tengo pensado contratarla por más tiempo.

Vuelve a ofrecerme una de esas sonrisas que usa cuando no quiere contradecirme abiertamente.

—A Jacob y a Adam les gusta.

—¿Y?

Se inclina sobre mí y me da un beso en la mejilla antes de salir disparada de la barra.

—No seas tan susceptible —grita al tiempo que se aleja.

No la he escuchado, pero he leído sus labios y, me siento profundamente ofendido por la acusación. Yo no soy susceptible. Nunca y menos por culpa de una mujer.

Capítulo 5

Camilla.

Sé que Sam me está mirando por lo que me mantengo firme en mi postura.

Por suerte para mí estoy acostumbrada a guardar mis pensamientos y sentimientos para mí misma y no hay forma humana de que nadie sepa lo que estoy pensando solo fijándose en mi postura o en mi expresión.

Aun así, todavía estoy temblando por culpa de ese beso. No es que sea una persona sin experiencia, aunque sí que es cierto que tengo infinitamente menos de la que se espera para alguien de mi edad.

Tocar y que me toquen es la parte que peor llevo de las relaciones, tanto románticas como sociales. Por ello, apenas tengo amigos y mi experiencia es limitada.

Mis padres murieron cuando yo tenía dieciséis años y mi hermano Simon fue quien se encargó de mí. Simon tampoco aprecia excesivamente el contacto físico por lo que llevo mucho tiempo dependiendo de mí misma.

En cuanto a mis amistades, tengo a Diane, quien no solo es mi casera, también es la única amiga que tengo. Que tenga edad para ser mi madre no es un problema para mí.

Cuando la persona que he estado atendiendo se levanta y se sienta la siguiente no puedo más que parpadear, sorprendida.

Abby me sonríe y toma asiento en la silla.

—Hola, Camilla. Espero que no te importe que nos hayamos colado. Estamos impacientes. —Sonríe con timidez—. Estas son mis amigas, Eva y Jud.

Me fijo en las dos chicas, una rubia y otra morena, las dos guap simas y les sonrío con timidez. No suelo relacionarme con gente de mi edad por lo que me siento un poco desubicada.

—Encantada de conoceros.

Jud me observa con fijeza al tiempo que Eva extiende su mano hacia mí.

La toco con precaución, pero al igual que su amiga, su contacto no me aporta nada.

—Jud, no seas maleducada —la rega a Abby.

La aludida enrojece y su cara se ve roja por unos segundos.

— Disculpa! Es solo que nunca había conocido a nadie como t .

— C mo yo?

Asiente.

—S . M gica.

Me uno a las risas estridentes de Eva y de Abby.

— M gica? —repite la morena—. Que no es Harry Potter, por Dios.

—No digas eso, Eva, es evidente que para Jud, Camilla pertenece a la comunidad mágica mientras que nosotras solo somos pobres muggles.

—Muy gracias. —Me mira avergonzada y me siento culpable por haberme reído—. Perdona, es solo que no s  cómo llamar a lo que sea que haces.

—Tengo visiones, presentimientos. Como flashes de cosas... No es magia, es... ¿Intuición?

—¿Y puedes usar esa intuición y decirnos qué nos deparara el futuro? —reclama Eva.

—Puedo intentarlo. Abby, empecemos por ti.

—¿Qué tengo que hacer?

Recojo las cartas de la anterior tirada y las apilo juntas. Después, las limpio de las cargas negativas que haya podido coger y barajo sin pensar en nada. Cuando ya las siento limpias se las ofrezco a Abby y le pido que las baraje y que cuando sienta que ya es suficiente las deje sobre la mesa y corte en tres montones.

—¿Y ahora qué?

—Ahora es mi turno —le digo y me dedico a sacar dos cartas de cada montón.

Cuando las tengo todas sobre la mesa suelto un suspiro de alivio, al ver que no hay nada negativo que contar. Entonces reparo en la carta que ha quedado al borde del lado izquierdo de la mesa y la sorpresa me inunda.

—Abby, ¿estás embarazada? —lo pregunto con tacto, tomándome mi tiempo. Después de todo no sé cómo se lo va a tomar. No la conozco lo suficiente como para juzgar su reacción.

—¡Oh, Dios mío! Tiene razón Jud, esta chica es mágica —dice en un gritito de asombro.

Pues sí, al parecer sí que lo está.

Capítulo 6

Sam.

Soy plenamente consciente de que no debería hacer lo que estoy a punto de hacer, pero por mucho que me lo diga mi cabeza actúa por su cuenta y riesgo y está decidida a tentar a la suerte a ver qué pasa.

Y aunque ese a ver qué pasa tiene un resultado claro, después de Eva y Jud, me encuentro con dos copas del talismán del amor en la mano, acercándome a Camilla para ofrecerle uno.

Dejo su copa en la mesa, frente a ella y le sonrío.

—Sé que has dicho que no bebes nunca, pero esto es una tradición en el Edén y apenas le he puesto alcohol para que lo pruebes.

Ella pasea la mirada del Red Apple que he dejado frente a ella a mí y a la copa que sostengo.

—¡Está bien!

Hasta yo me sorprendo de que haya aceptado con tanta rapidez. Después de que me dijera que nunca bebía había esperado tener que convencerla de que una copa no iba a embriagarla.

—En ese caso brindemos.

La veo alzar la copa y chocar mi vaso, pero en vez de beber se lleva el Red Apple a la nariz y lo huele.

Arruga la nariz.

—Huele bien.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Por qué haces ese gesto?

—No me fío de las cosas que tienen buena pinta. Suelen ser las peores. A las malas se las ve venir.

Lo pienso unos segundos y asiento.

—Muy buen punto. Voy a tenerlo en cuenta. Ahora Pruébalo.

Se lo lleva a los labios, esta vez, y le da un sorbo largo.

—¿Qué tal?

—Delicioso.

Tengo que frenar a mi lengua porque las palabras *como tú* están a punto de escapárseme.

Para evitar hablar más de la cuenta yo también bebo.

—Bueno, Camilla, esto está ya más tranquilo, así que vamos a empezar a recoger. Si no tienes con quién ir a casa yo mismo te llevaré, si has venido en coche, ya puedes irte.

La veo titubear unos instantes.

Lo cierto es que me han traído y pensaba pedir un taxi para regresar a casa.

Sonrío, encantado de que me necesite.

—En ese caso dame media hora y yo mismo te llevaré.

—Gracias.

—De nada.

Capítulo 7

Sam

Me ha sorprendido que Camilla haya aceptado que la acerque a casa, porque a pesar del beso, se ha mostrado esquiva durante toda la noche. O para ser justos una mezcla hipnótica de ambas cosas.

Casi sin darme cuenta de lo que hago me encuentro abriéndole la puerta del coche y esperando a que entre para cerrarla. No suelo actuar de ese modo con mis citas, ni siquiera lo hago con Abby, a quien considero mi mejor amiga.

Regreso a mi lado del vehículo y cuando me siento al volante, y enciendo el contacto, la música de Jax Jones feat Ina Wroldsen inunda el pequeño espacio que ya ha sido colonizado por el perfume de Camilla.

La canción *Breathe*, paradójicamente me hace contener el aliento:

Oh oh
Hmmm yeah ah
You're my discretionary sin
I feel you on me when I touch my skin
You got me hooked and you ain't let me in
When I look in your eyes, I'm on the edge

[1]

—¿Qué te ha parecido la noche? —prefiero que hablemos a seguir pendiente de la letra. Por lo que opto por la pregunta menos comprometida que se me ocurre.

—Interesante como poco.

—Lo cierto es que sí —indico, de repente molesto por el comentario—. Poco parece un calificativo muy pobre para lo que ha sido. —Sé que acabo de descolocarla porque su expresión normalmente impasible es ahora de asombro— pero dime, ¿dónde te llevo?

Formulo la pregunta sabiendo las posibilidades que ella conlleva. No le he pedido su dirección sino que me diga a donde desea ir. Puede escoger entre que la lleva sana y salva a su casa o proponerme un café antes de eso. Elija lo que elija voy a respetar su decisión porque no quiero presionarla.

No obstante, sé que estoy perdiendo el tiempo porque Camilla no parece una chica que se permita a sí misma decir lo que piensa o pedir lo que desea.

—Vivo en la calle Lincoln, 45. —No sé por qué, pero me alegra haber descifrado aunque sea una parte de su personalidad.

Entonces, giro la cabeza para mirarla porque acabo de darme cuenta de la dirección que me ha dado.

—¿Calle Lincoln, 45? —la repito para asegurarme de haber escuchado bien.

Ella asiente y estoy tan asombrado y confuso que solo atino a decir de acuerdo y a seguir conduciendo.

Durante los siguientes minutos me mantengo en silencio, tratando de organizar mis pensamientos y eso me molesta porque soy de los que piensan que si algo requiere tanto esfuerzo es porque no vale la pena.

Aun así, necesito saber qué sucede por lo que vuelvo a tantearla cuando

me detengo delante de la dirección que me ha dado.

—¿Vives sola en una casa tan grande? —trato de sonreír, pero solo me sale una mueca que espero que no la asuste.

—En realidad no es mi casa. Tengo alquilado el apartamento que hay sobre el garaje.

—¿Vives de alquiler? —por fin una noticia que me tranquiliza.

—Sí. Mi casera está sola también, por lo que me lo deja a un buen precio. Mi trabajo me da para vivir, pero muy justa.

Ni siquiera me molesto en preguntarle porque sigue trabajando en eso si no le sale rentable. Ahora mismo estoy más interesado en otras cosas.

—¿No está casada? ¿Ni tiene hijos?

—¿Quién?

—Tu casera.

Ella me mira como si estuviera decidiendo entre darme una respuesta o no. O quizás está asombrada porque haya insistido en el tema. Sea como sea termina por dármela.

—No. Nunca se casó.

Soy consciente de que ha omitido la parte de los hijos, pero no quiero presionarla, de modo que doy por finalizada la conversación saliendo del coche y volviendo a abrirle la puerta.

No hay duda de que estoy convirtiéndome en un caballero de los de antes.

—Buena noches, Camilla.

—Puedes llamarme Cami —me ofrece y aunque suene estúpido lo siento como una victoria.

—Cami, ¿tienes quién te lleve mañana a trabajar?

Ella asiente.

—Me llevará Diane. Mi casera. Ha sido ella la que me ha llevado esta noche por eso te he dicho que tenía que volver en taxi.

—¿De verdad? Pues entonces tienes que pedirle que pase al Edén cuando te lleve. Está invitada a una copa de bienvenida de mi parte.

—Gracias, pero no creo que acepte.

—En ese caso, convéncela.

Capítulo 8

Camilla

La reacción de Sam ha sido un poco extraña, incluso para él, me digo mientras camino hacia mi apartamento. Es demasiado tarde para que Diane esté despierta, por lo que ni siquiera hago el intento de entrar en la casa principal y avisarla de que ya he llegado.

Además, estoy cansada. No estoy acostumbrada a estar en sitios con tanta gente y me duele la cabeza.

Sam, sigue esperando a que entre en casa, por lo que me giro para decirle adiós y me topo con que se ha bajado del coche y se acerca a mí.

—¿Sucede algo?

Sonríe y su sonrisa es tan letal que hace que mis piernas se vuelvan de gelatina.

—En realidad sí. He olvidado comentarte que mañana es obligatorio ir disfrazado al Edén y dado que no tienes vehículo, he pensado en ofrecerte mis servicios para llevarte a por uno.

—¡Oh!

Es lo único que acierto a decir porque la idea de estar con Sam de compras me deja tan aturdida que ningún pensamiento coherente me asalta.

—En realidad la respuesta que necesito es sí o no.

—No —digo sin pensar.

En lugar de sentirse ofendido por mi negativa, sonrío.

—De acuerdo. Si cambias de opinión tienes mi número en tu móvil. Llámame y vendré a ejercer de conductor para ti —lo dice de un modo que suena divertido y tentador al mismo tiempo.

—No tengo.

—Míralo —me interrumpe.

Convencida de que no lo tengo abro el bolso y saco mi teléfono y allí hay una llamada perdida de un número que no tengo grabado.

—¿Cómo has sabido mi número?

—Soy tu jefe y firmaste un contrato. Tu teléfono estaba allí.

—Es posible, pero o tienes muy buena memoria o lo has buscado expresamente.

—Buenas noches, Cami —se despide dándose la vuelta para regresar a su coche.

Está claro que no va a darme ninguna explicación.

Con el corazón a cien por hora abro la puerta de mi casa y entro a toda prisa, aunque por el camino memorizo el número de Sam, por si acaso.

Dejo el bolso sobre la mesa de la entrada, me quito la chaqueta y saco las cartas del pañuelo en el que suelo llevarlas.

Con ellas en la mano me dirijo a la cocina, me sirvo un vaso de agua, cojo un puñado de sal del salero del armario y lo vierto en el agua. Una vez que el agua está salada dejo las cartas sobre la encimera con el vaso sobre ellas.

Siento movimientos en mis piernas y bajo la mirada para comprobar que Merlín ha decidido venir a saludarme. Mi gato es algo así como yo, pero en felino. Le gusta muy poco que lo cojan y que lo toquen por lo que hay que agradecerle el gesto cuando es él quien decide buscarme.

—Hola, precioso —saludo y me agacho con cuidado para tantearle.

Si se queda parado es que está de buen humor y quiere mimos, si sale huyendo disparado es una pérdida de tiempo tratar de cogerlo porque no se queda quieto en ningún momento hasta que deja claro que no quiere saber nada de nadie.

No obstante parece que hoy estoy de suerte porque cuando me agacho se limita a mirarme con fijeza y permite que lo coja.

Cuando lo encontré vagando por el barrio estuve tentada de llamarle Ed, como Ed Sheeran, ya que los dos tienen en mismo color de pelo, pero me pareció más apropiado Merlín, tratándose del gato de una vidente.

Con Merlín en los brazos me dejo caer en el viejo sofá y repaso lo que ha sido la noche. Los clientes del Edén han sido todos muy educados y, aunque me he topado con algún grupo que se tomaba mis predicciones a risa, han sido muy correctos en sus formas.

Y después está Sam, el beso y las visiones de otros besos que han poblado mi mente durante toda la noche. Y por supuesto, el modo en el que se ha marchado... La invitación para salir, aunque sea a comprar un disfraz...

No sé por qué pienso en esto ahora, pero en algún momento se ha vuelto

distante, meditabundo... Ha sido como si se hubiera perdido en sus propios pensamientos, el único lugar al que no puedo seguirlo.

Me quito los zapatos sin usar las manos, que tengo ocupadas con mi gato, y bostezo con tanta fuerza que Merlín da un respingo y se aparta de mí.

—¿Ya te has cansado de mis caricias?

Me río de mí misma porque no es la primera vez que me veo hablando con mi gato como si él fuera a responderme.

—Creo que será mejor que nos vayamos a la cama. Mañana va a ser un día muy largo.

Capítulo 9

Sam

Me despierto sobresaltado cuando el teléfono comienza a sonar sobre mi mesita de noche. Ayer me acosté muy tarde, entrenando en el pequeño gimnasio que tengo en casa y, a pesar del cansancio físico me costó mucho conciliar el sueño.

Por ello ni siquiera me molesto en mirar quien es, me limito a alargar la mano y a llevarme el teléfono a la oreja, mientras por instinto descuelgo la llamada.

—¿Quién?

—Sam.

La voz que suena al otro lado de la línea logra que me despeje automáticamente.

—¿Camilla?

—Sí, perdona, pero al final si sigue en pie la oferta de llevarme a comprar un disfraz me gustaría aceptarla.

—Por supuesto que sigue en pie. Te recojo en una hora.

—Perfecto. Muchas gracias.

Cuelgo. Si quiero cumplir con mi palabra tengo que levantarme de la cama, desayunar y darme una buena ducha.

Antes de que se cumpla el plazo me planto delante de su casa y, aunque

una parte de mí desea ir y llamar a la puerta a ver qué pasa, otra parte, quizás la más sensata, decide esperarse en el coche y enviarle un mensaje para que baje.

Camilla me contesta inmediatamente con el emoticono del pulgar en alto y, unos minutos más tarde la veo caminar hacia mí con una sonrisa tímida.

Esta chica es una mezcla de inocencia y de y de decisión que me atrae como la miel a las moscas.

De nuevo vuelvo a salir del vehículo para abrirle la puerta.

—Buenos días, Cami.

—Bueno días, y gracias por aceptar ayudarme, a pesar de que ayer te dijera que no.

—Ayer es pasado. No pienses en ello.

Me asombra lo bien que queda mi alegato y lo poco que lo aplico yo mismo en mi vida. Por instinto vuelvo la mirada hacia la casa, pero todo está en calma y no se ve movimiento en ella.

—Vámonos. Tenemos trabajo que hacer.

Cierro la puerta del copiloto y me dirijo a mi puesto.

Para hacer que se sienta cómoda enciendo la radio, no quiero que el coche se quede en silencio si no conseguimos que la conversación fluya y me relajo cuando suena *Beautifully broken* una canción completamente neutra que nada tiene que ver con nosotros.

Every tear, every doubt
Every time you've fallen down
When you're hurting, feeling ashamed
When you're numbing off your pain

When you've lost your way
And feel so far away You're not^[2]

Conduzco para salir de su barrio y cojo la autopista hasta la zona sur de la ciudad. Sé perfectamente a qué sitio voy a llevarla, por lo que conduzco con calma directo a mi destino.

—No he estado nunca en esta parte de la ciudad. —Eso es exactamente lo que me había imaginado. Como he dicho es demasiado inocente como para hacer cualquier cosa que sea remotamente peligrosa y la vida a este lado de la ciudad puede serlo si no sabes por dónde moverte.

—Entonces te has perdido lo mejor que esta puede darte.

—¿No es peligroso estar aquí?

—Conmigo no.

No contesta, pero noto en su postura que no duda de mis palabras.

Por deferencia a ella evito las calles más complicadas y me dirijo a la zona donde se hacían más tiendas de segunda mano por metro cuadrado del mundo y lo digo sin exagerar.

Aparco el coche frente al restaurante de un amigo y le doy un billete a su hijo pequeño, que juega en la calle, para que avise a su padre si ve a alguien extraño acercarse a mi coche.

—¡Vamos!

La tomo de la mano por dos motivos, el primero porque me muero por tocarla y el segundo porque quiero ver su reacción. No parece inmutarse por mi

contacto, pero ya he podido comprobar que es muy buena disimulando lo que siente.

Durante las siguientes dos horas entramos y salimos de dos docenas de tiendas, pero Camilla no encuentra nada que le guste.

Mi estómago comienza a rugir y le propongo ir a comer.

—De acuerdo. Tengo hambre.

Nos encaminamos hasta el lugar en que dejé mi coche.

—Al final no has encontrado ningún disfraz.

—No, pero se me ha ocurrido una idea estupenda mientras veía lo que había en la última tienda a la que hemos entrado.

—Una idea estupenda que deduzco que no me vas a contar.

Ella se ríe abiertamente de mí.

—No. Es una sorpresa.

—De acuerdo. —Le vuelvo a abrir la puerta del restaurante para que entre la primera, pero me choco con ella cuando se detiene a dos pasos de la entrada.

—¿Qué sucede?

Me mira con asombro.

—La carne. —Señala las neveras transparentes y los mostradores repletos de chuletas, hamburguesas, salchichas y demás comida típica de barbacoas—. Está cruda.

—¿Y?

—¿No iremos a comer carne cruda, verdad?

Me río con tanta fuerza que James, el dueño del asador que está atendiendo a unos clientes, se gira para mirarme con curiosidad.

—Lo sé. Es para que elijas lo que quieres comer y después, mientras te tomas unas cervezas, te lo preparan delante de ti.

—Suenan bien. Menos lo de la cerveza, ya sabes que no bebo.

Sonrío.

—Lo de ayer fue una excepción. No quería ser grosera rechazando tu cóctel.

—¿Y vas a rechazar ahora mi cerveza?

Me observa unos segundos y siento que puede ver más de mí que la mayoría.

—Eres una mala influencia para mí.

—¡Por supuesto! No me digas que te das cuenta ahora.

Capítulo 10

Sam

El Edén está tan lleno que Jacob se ha visto obligado a pedir ayuda en la puerta y Adam ha tenido que llamar a un par de amigos, que nos debían un favor, para que ayuden a Jacob a controlar que no entren más clientes de los que permite el aforo.

La última noticia que he tenido es que cuentan los que salen y consienten el paso del mismo número de personas, para equilibrar el número.

En las barras estamos también saturados. Suerte que Víctor ha aceptado venir a echarnos una mano porque de no ser así no sé si habríamos podido atender a todo el mundo.

Instintivamente levanto la cabeza de la copa que estoy sirviendo y miro al frente, hacia la entrada.

Camilla acaba de llegar y, aunque no está sola ni siquiera me molesto en fijarme en la otra persona. Está impresionante y lo peor es que no lleva nada sexy ni llamativo, más bien todo lo contrario. Lleva una falda larga y roja con un pañuelo lleno de monedas atado a la cintura y una blusa de cuello barco, blanca y que deja al descubierto uno de sus hombros. Su reluciente cabello cae en cascada por su espalda y por su pecho.

Deduzco que va disfrazada de zíngara y me rio ante la gracia de la elección. No obstante, mi risa se queda atorada en mi garganta cuando, por fin,

le presto atención a la mujer que la acompaña.

Es unos centímetros más alta que Camilla, de unos cincuenta y pocos, cabello rojo, exactamente el mismo tono con el que me he teñido, yo mismo, los últimos cinco años. Cuando se acercan hasta la barra veo que tiene la cara plagada de pecas, pero no le sientan mal. Parecen estrellas que se posan por sus pómulos y su nariz. Los ojos oscuros que me miran con curiosidad me resultan familiares, pero sé que es imposible porque no he visto a esta mujer en mi vida.

—Buenas noches, he venido con Diane. —La señala aunque no hace falta que lo haga porque me he imaginado desde el primer instante quién era.

—Gracias por la invitación —dice la mujer y me tiende la mano por encima de la barra—. La verdad es que me deprimó bastante en Halloween por lo que invitación ha sido bienvenida.

—No me digas que te deprimen las cuches —le espeto de un modo grosero.

Sé que no ha sido una buena respuesta, pero estoy demasiado alterado para ser amable. De hecho la amabilidad es el sentimiento más lejano que siento en este momento.

—Un placer. Soy Sam —respondo aceptando su mano extendida.

Su tacto me incomoda por lo que aparto la mano con rapidez.

—¿Sam de Samuel? —pregunta y la satisfacción de mi respuesta me embarga antes incluso de darla.

—Sam de Samael.

La veo palidecer bajo las pecas y la euforia me golpea con tanta intensidad que llego a marearme.

—¿Samael? —repite—. Te llamas Samael.

Asiento con una sonrisa tan falsa que me sorprende hasta mí mismo. Jamás imaginé que pudiera mostrarme en frío en un momento como este.

—Es un nombre poco común.

—Al parecer mi madre tenía mucho sentido del humor.

—¿Al parecer?

¡La tengo! En dos movimientos he logrado tenerla justo dónde yo quería y voy a disfrutar de su caída.

—Me abandonó al nacer. Jamás la conocí. Así que es justo que suponga que tenía mucho sentido del humor ya que escogió uno de los nombres del demonio para mí. Es eso o que me odiaba profundamente.

La satisfacción me sacude con fuerza cuando hasta sus pecas pierden el color.

—¿Cuántos años tienes?

—Pues teniendo en cuenta que hoy es mi cumpleaños, puedo decir que ya tengo treinta y uno.

—Treinta y uno... —repite.

—Eso sí que no me lo esperaba —musito cuando se desploma de repente en el suelo.

Camilla que ha sido testigo silencioso de nuestra conversación me fulmina

con la mirada y tengo la absoluta certeza de que lo sabe.

Capítulo 11

Camilla.

En cuanto veo a Diane desplomarse siento una descarga de adrenalina que me indica lo que sucede. No necesito mi don para darme cuenta de la verdad.

Lo que no sé es cómo no me he dado cuenta antes de lo que sucedía.

Los ojos de Sam...

Son los mismos que los de Diane. No he visto nunca a nadie más con unos ojos tan oscuros como los de ellos.

Me agacho para atender a mi amiga y al instante hay dos hombres a mi lado tratando de ayudarme a sentarla. Diane reacciona con rapidez y se levanta casi al instante ayudada por mí.

Tiene la vista clavada en Sam y aunque parece en estado de shock, es lo suficientemente fuerte como para soportarlo todo de pie. De hecho, cuando Abby aparece con un taburete para que se siente, se niega a hacerlo.

Lo único que acepta es un vaso de agua que la pelirroja le ha pedido al chico de la barra.

—¿Crees que podríamos hablar en un lugar más privado? —inquire mi amiga.

—Podríamos, pero el caso es que no lo deseo.

—Sam, ¿qué sucede? —Abby parece realmente preocupada, pero es

evidente que no tiene ni idea de lo que está pasando.

De hecho el pequeño desvanecimiento de Diane está captando la atención de más gente de la conveniente.

—Nada importante —dice y sonríe a su amiga con afecto.

—Bueno, señora, ¿de qué desea la copa que le prometí?

Diane está tan alterada que ni siquiera responde.

—¿No quiere la copa gratis? Creía que por eso había venido.

—He venido para ver el lugar donde trabaja Camilla y si me he quedado nadie mejor que tú sabe el porqué.

—Se equivoca. Yo no sé nada.

—¿Sam, va todo bien?

Reconozco a Adam, el gerente y la persona que se encargó de contactar conmigo para este trabajo.

—Perfectamente.

—Eso no es cierto. —Se envalentona Diane—. Se niega a hablar conmigo y ese hombre, —señala a Sam— puede ser mi hijo. De hecho estoy segura de que lo es.

—Debe de ser por el instinto maternal, —se burla Sam—. Que se le ha despertado un poco tardío.

Adam pasea la mirada de Sam a Diane y soy perfectamente consciente del instante en que se da cuenta de quién es ella.

—¿Por qué no usas mi despacho? —ofrece mirando directamente a Sam.

Ambos se hablan sin palabras, solo con la mirada. Se conocen durante tanto tiempo y han pasado por tantas cosas juntos que no necesitan usarlas para saber lo que se están diciendo el uno al otro.

La mirada de Adam es insistente, le está pidiendo que lo haga, que hable con Diane, no obstante, Sam sigue con la barbilla en alto, terco. Negándose a ello por puro tozudez.

Finalmente parece que Sam va a ceder porque desvía la mirada de su amigo y mira directamente a Diane.

—Señora, no sé lo que cree que tenemos que hablar, pero le aseguro que no hay necesidad de ello.

—Por supuesto que la hay. Estoy en todo mi derecho —insiste ella.

—Usted no tiene ningún derecho a nada que tenga que ver conmigo, señora. Creo que se confunde.

—El que se confunde eres tú. Soy tu madre y tengo todos los derechos del mundo.

Parece que tras la declaración de Diane el Edén hubiera enmudecido, no obstante, solo hay sido una ilusión. El mundo sigue girando, y la estrella polar sigue señalando el norte. Aquí la única que ha cambiado soy yo.

Capítulo 12

Sam

Jamás pensé que nadie me diría algo así alguna vez, pero ha sucedido. Por fin mi madre, esa mujer que me abandonó, ha reconocido que soy su hijo.

Me pregunto que más estará dispuesta a hacer, y como no me gusta que en mi vida haya incógnitas, decido que sí, que voy a escuchar lo que tenga que decirme.

—De acuerdo, Diane, vamos al despacho de Adam —le ofrezco para ver hasta dónde está dispuesta a llegar.

Ella me mira y cuando creo que no va a decir nada me espeta su mejor ataque:

—No es necesario que me llames Diane, puedes llamarme madre.

La miro con asombro. O tiene las pelotas muy bien puestas o se está burlando de mí. Sea como sea no pienso achicarme por lo que le replico.

—¿Madre? Pensé que me ibas a ofrecer algo más cercano, como mamá.

—No soy tan cursi.

Buena respuesta, alabo mentalmente.

—Sígueme, Diane. —Remarco su nombre para que entienda que conmigo no va a poder.

Hecho a andar y dejo a mis amigos anonadados. Camilla parece incómoda y Adam va a tardar dos segundos en llamar a Jacob y contarle lo que ha

sucedido.

Ni siquiera me giro para comprobar que me sigue.

Una vez en el despacho de Adam me siento en su sillón y señalo el que hay en frente para que ella haga lo propio.

—Gracias.

—No hay de qué. Y dime, Diane, ¿de qué quieres hablar?

Mi madre toma asiento frente a mí y clava la mirada en mi rostro. Parece más interesada en diseccionarme que en hablar y lo cierto es que no me importa.

Cuando por fin se decide empieza por el tema que menos me esperaba:

—Para empezar las cosas no son como crees. No te llamas Samael porque creyera que eras el demonio, te llamas así porque desde el primer momento supe que eras especial y un niño especial merecía un nombre a su altura. Además, en algunas religiones Samael era un arcángel no un demonio.

—Creo que hubiera preferido Gabriel.

—¿De verdad? ¿Te hubieras conformado con un nombre tan corriente?

¡Mierda! Ahí me ha pillado. Nunca me han gustado las mismas cosas que a mis amigos y siempre he potenciado lo que me hacía diferente del resto y, supongo que precisamente mi nombre es una parte de esa diferencia.

—No.

Ella sonrío, como si con esa pequeña victoria que le concedido ya estuviera todo hecho.

—Mi nombre importa poco. Lo verdaderamente importante es todo lo

demás.

—No te abandoné.

—Por supuesto que no, fui yo quien con apenas unas horas de vida me marché en busca de una nueva familia —expongo con todo el cinismo del que soy capaz.

—Fueron mis padres. Cuando te di a luz hubo complicaciones. Yo tenía diecisiete años y perdí mucha sangre. Estuve casi veinticuatro horas inconsciente. Los médicos tuvieron que hacerme una transfusión. Mi útero se desgarró y estuve a punto de morir.

Por primera vez en mucho tiempo estoy temblando. Por un lado deseo que siga, que me cuenta la verdad de lo que sucedió y, por el otro, me niego a que mi vida cambie solo porque mi madre biológica ha irrumpido en ella.

Y sí, una parte de la culpa de que esté aquí es mía. Hace siete años que sé quién es y dónde vive y ha tenido que llegar Camilla para ponerla en mi camino, porque en todo este tiempo nunca me he sentido con fuerzas para llamar a su puerta y presentarme.

—Mis padres aprovecharon ese momento para darte en adopción. Al ser menor de edad ellos eran mis tutores legales y podían hacer lo que quisieran. Cuando desperté te busqué, chillé y lloré... Pero ya te habían arrancado de mi lado.

—Imagino que te quedaste destrozada y que me buscaste —comento con marcada ironía.

—Así es. —No se molesta en darme detalles ni intenta convencerme de que lo que dice es cierto y por mucho que me cabree logra que me duela. Que no intente convencerme, que no haga nada más que contarme de modo objetivo los hechos, me duele más que cualquier otra cosa que recuerde.

—¿Hay algo más de lo que quieras hablar o puedo volver al trabajo?

—¿No deseas saber nada de tu padre?

¡Golpe bajo!

—Mejor no, Diane, con una madre por esta noche, voy más que sobrado.

—Me levanto—. Si me disculpas tengo que volver a trabajar.

Capítulo 13

Camilla.

Soy incapaz de concentrarme. Ni siquiera puedo barajar las cartas sin que se me escurran de las manos. Menos mal que los clientes que hay aquí esta noche no tienen ni la más remota idea de cómo funciona esto. Aun así, trato de ser lo más profesional posible y, hago de tripas corazón y me esfuerzo por sacarme de la cabeza y del corazón la sensación de traición que me embarga.

Por eso Sam se puso tan nervioso cuando le dije donde vivía, por eso ayer regresó para invitarme a salir y por eso me pidió que invitara a Diane a una copa, cuando me trajera a trabajar, porque él ya sabía quién vivía en esa casa. Porque sabía que Diane era su madre biológica.

Me pregunto si mi elección para este trabajo también estuvo condicionada por quién era Diane.

Siendo justos Adam tampoco parecía especialmente asombrado por el descubrimiento.

El pensamiento me corta la respiración unos segundos y tengo que fingir como nunca para que nadie se dé cuenta de lo mal que me encuentro.

Cuando la pareja que está a la mesa conmigo se levanta, le hago un gesto al siguiente de la cola para informarle de que voy a hacer un descanso. Después de todo ya me informó Sam que me puedo tomar un respiro.

Aprovecho que en este momento Sam no está en la barra y me acerco a por

un refresco de limón. Abby se acerca a mí con una sonrisa y un vaso largo en la mano.

—Iba a llevártelo a la mesa —dice dejando delante de mí una bebida amarilla.

—Gracias.

—De nada. ¿Todo bien?

Asiento.

—Creo que eso debería preguntártelo yo. ¿Cómo llevas el embarazo?

Su sonrisa me dice lo mucho que desea ese bebé.

—De maravilla. Jacob y yo estamos encantados y Edén, ella ya está pensando nombres para su hermanito y ni siquiera sabemos si será niño o niña. Dice que si es un niño debería llamarse Junior y que si es una niña Amanda.

—¿Ya tienes una hija? —pregunto. Habría jurado, por mi visión, que era el primer bebé de Abby.

—No, es hija de Jacob. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Me rio de buena gana porque sé perfectamente lo que va a preguntarme.

—Menos mal que no va a llamarse Junior —le digo al tiempo que le guiño un ojo.

—¡Oh! ¿Es una niña?

Asiento con la cabeza, tomo mi vaso y me encamino hasta la salida a la parte posterior del Edén.

Mi conversación con Abby me ha animado un poco, pero todavía

necesito que me dé un poco el aire a ver si consigo ordenar mis pensamientos.

Como si se tratara de una tradición al abrir la puerta de nuevo me topo con un cuerpo duro y musculoso y, de nuevo, necesito que me sujeten para no perder el equilibrio y caerme al suelo.

La voz de Sam resuena en mi oído.

—¡Qué suerte la mía! Precisamente la chica que buscaba.

Antes de darme siquiera opción a responder vuelvo a sentir la boca de Sam sobre la mía y por mucho que me digo a mi misma que no debería permitirlo, lo permito, hasta el punto que le devuelvo el beso con el mismo fervor con que lo recibo.

Mueve su mano hacia abajo por mi columna vertebral ahuecando mi trasero, incendiando mi piel.

Trato de alcanzar sus hombros, necesitando más apoyo mientras él me presiona más cerca y calienta mi sangre a un ritmo frenético.

Capítulo 14

Sam

La boca de Camilla es cálida y suave y su cuerpo tan sensual que tengo que controlarme para no apoyarla contra la pared y hacerle el amor.

No sé qué tiene esta mujer que me tiene tan atrapado. No puedo dejar de tocarla cada vez que la tengo cerca.

De repente la conexión entre nosotros desaparece y la noto tensarse en mis brazos. Me separo de ella con la respiración acelerada, consciente de que debo darle tiempo y espacio para evitar que salga corriendo.

—¡Basta!

—Creí que te gustaba besarme.

Ella me fulmina con la mirada y sé que es posible que me lo merezca.

—No puedo creer que pienses que puedes seguir con tu juego, ¿por qué clase de estúpida me has tomado?

Ahora sí que estoy confundido.

—¿De qué estás hablando?

—Ya no hace falta que finjas. Lo sé todo.

—¿Y qué se supone que sabes?

Vuelve a mirarme molesta o lo más correcto sería decir que cada vez que hablo su malestar hacia mí parece crecer exponencialmente a mis palabras.

—Sé que me has utilizado para llegar a Diane.

—¿Que he hecho qué?

—¿De verdad creías que no me iba a dar cuenta?

—No estás viendo las cosas con claridad, Cami, lo que dices es una completa falsedad.

—¿De verdad?

—Por supuesto, cuando me ofrecí a llevarte a casa no sabía dónde vivías. Tampoco sabía nada cuando te besé, aquí mismo.

—El contrato. Sacaste mi teléfono de él, perfectamente podrías haber sacado mi dirección.

—No aparece tu dirección en el contrato. No es importante. Y si te pedimos el teléfono fue para poder ponernos en contacto contigo si sucedía algún inconveniente.

—Tienes respuestas para todo, ¿no?

—No sé, dímelo tú. No eres vidente.

La veo morderse el labio para evitar soltar algún impropio y darse la vuelta para alejarse de mí y, lo cierto es que le permito que se marche sin ninguna intención de retenerla.

No me esperaba que me acusara de haberla utilizado y el que lo haya hecho me ha dejado tan molesto como lo está ella.

Puede que no me conozca la suficiente, pero sí que sabe que me crie solo, que nunca tuve a nadie que velara por mí, lo que debería haberle puesto sobre la pista de que yo jamás me aprovecharía de otra persona para fines personales. Sé lo que es estar solo y desamparado. No soy ningún manipulador ni ningún

interesado.

Regreso al Edén de mal humor sin importarme que sea mi cumpleaños, que por fin haya podido hablar con la mujer que me trajo al mundo, o que acabe de besar a una chica que despierta en mí sensaciones que nunca antes había sentido por nadie.

Me pongo lo más alejado posible de Abby, porque sé que se va a dar cuenta inmediatamente de mi situación, y en su estado no quiero que se preocupe.

A pesar de mí mismo me paso el resto de la noche vigilando que Camilla esté bien. Dos veces durante la velada le pido a Víctor que le lleve un refresco de limón.

Mi amigo no dice nada, pero eso no quita que se dé cuenta de mi interés.

Lamentablemente me descubro a mí mismo cuando, al terminar la noche, veo a Camilla despedirse de Adam y de Abby y encaminarse a la puerta.

Salgo disparado de la barra y le pido explicaciones a Adam.

—¿Dónde va? No tiene coche.

—Le he pedido un taxi.

—¿Un taxi? ¿Por qué narices no me ha dicho nada?

Adam y Abby me observan con interés, pero no hacen ningún comentario. —¿Te encargas de todo? —le pido a mi socio.

Asiente.

—Gracias, tío —digo y salgo a toda prisa con intención de impedirle

subirse a un condenado taxi.

—¡Sam! —me llama Adam.

Me giro sin dejar de andar.

—¡Feliz cumpleaños, hermano!

Me rio y la sigo al exterior, pero llego demasiado tarde. Lo justo para verla subir al maldito taxi.

Capítulo 15

Camilla.

Estoy llena de dudas. Mientras el taxi me lleva a casa no dejo de pensar en lo que me dijo Sam, después de besarme. ¿Es cierto que él no sabía de mi relación con Diane cuando me besó? O ¿me está mintiendo? Y en cualquier caso, ¿qué más da que Diane sea mi casera? De acuerdo que es más que eso, que es mi amiga, pero ¿en qué podría beneficiarle una relación conmigo?

Y por otro lado está mi duda más importante, ¿realmente creo que Sam sea capaz de hacer algo como lo que le acuso? La respuesta es no.

Y me enfado conmigo misma por haberle hecho creer que sí. Una de las ventajas de mi don, que no son muchas, es saber a través del tacto si una persona es esencialmente buena o mala. En sí misma todas las personas tenemos una parte brillante y otra oscura, es nuestra elección la que nos define y, Sam, es bueno.

Lo supe la primera vez que le estreché la mano y lo confirmé cuando me besó.

Desgraciadamente he conocido a personas que han escogido el otro lado, por lo que conozco la diferencia entre unas y otras.

Cuando el taxi se detiene frente a mi casa abro el bolso y saco el dinero para pagar al taxista.

—Muchas gracias.

—De nada, señorita.

—Quédese con el cambio.

—¡Gracias!

Abro la puerta para salir y al poner un pie en la acera me topo con Sam. ¿Cómo ha llegado tan rápido? Cuando me marché del Edén estaba tras la barra trabajando.

—¿Estás loca? ¿Por qué te has ido sola? —pregunta al tiempo que me ofrece la mano para ayudarme a salir.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupado.

Veo por el rabillo del ojo que el taxista está decidido a salir porque no está muy seguro de si yo deseo o no que Sam esté aquí.

Por ello me agacho para mirar por la ventanilla y le digo en un tono calmado.

—Todo está bien. Es mi novio.

El hombre asiente y tras mirarnos detenidamente uno segundos dobla el volante y sale de nuevo a la carretera.

—¿Así que tu novio? —Sam parece encantado con mi declaración, pero yo estoy avergonzada.

—Lo he dicho para que no se preocupara. Ha sido muy amable.

Sam sonrío de ese modo tan suyo y siento que mis entrañas se funden en una hoguera de calor tan intensa que me molesta incluso la chaqueta.

—El caso es que lo has dicho.

Me encojo de hombros.

—¿No vas a invitarme a un café?

—Son las tres de la madrugada. —¿De verdad es capaz de tomarse un café a esta hora y dormir?

—Entonces invítame a un vaso de agua. El caso es que quiero que hablemos.

De acuerdo. Yo también quiero disculparme por haber pensado mal de él, el problema es que cuando esté en mi apartamento la idea de conversar va a ser la menos atractiva que ronde por mi cabeza.

—De acuerdo.

Tiene la deferencia de no mostrarse excesivamente satisfecho por haber conseguido que lo invite. Caminamos codo con codo los metros que quedan hasta llegar a mi casa y una vez allí, abro la puerta y le indico que pase primero.

A diferencia de lo que ocurre habitualmente, que tengo que buscar a Merlín por mi diminuto hogar hasta dar con él escondido en alguna caja o encima de alguna silla, esta vez nos está esperando junto a la puerta y para mi mayor sorpresa se restriega entre las piernas de Sam en cuanto lo ve.

—¡Tienes un gato! —señala en un tono alegre al tiempo que se agacha para cogerlo.

—Cuidado. Merlín suele ser muy arisco.

—¿Arisco? No lo creo.

Y no tengo que mirarlos para escuchar el atronador ronroneo de mi gato ante las caricias de Sam.

—Creo que le has caído bien.

—Suele tener ese efecto en los animales y, sobre todo, en las personas.

Me río a mi pesar.

—Veo que además eres modesto.

—Por supuesto. —Ríe conmigo.

—Siéntate —le indico—. Voy a por tu vaso de agua.

Cuando regreso de la cocina la ropa negra de Sam está cubierta de pelos de gato, pero a él no parece importarle.

Le tiendo el vaso que coge con una sonrisa.

—Creo que te debo una disculpa. —Reconozco apesadumbrada—. Nunca he creído que fueras capaz de aprovecharte de mí, fue solo... que...

Se acerca a mí en el sofá y toma mi mano. No tengo fuerzas para seguir hablando, porque qué voy a decirle. Que me gusta y que por eso me molestó tanto que pudiera haberse aprovechado de mí para llegar a Diane.

—Ya te he perdonado. En realidad lo hice a los diez segundos de que me lo dijeras. He batido mi propio record.

Sonrío, agradecida de que intenta hacerme sentir mejor.

—El problema es que me dolió que pensaras eso de mí. Me gustas.

Lo dice que una facilidad tan pasmosa que siento envidia de él. Yo no he

sido capaz de decirlo y él lo ha soltado sin ambages.

—Yo... Tú también me gustas.

Tras mi declaración los dos nos quedamos en silencio. Nos miramos a los ojos y Sam, que hasta ese momento seguía sujetando mis manos, me suelta y pasea un dedo por mi mejilla.

Su tacto me estremece. Es suave y cálido y casi sin darme cuenta me he ido inclinando hasta él. De repente Sam se deja caer sobre mí y me besa. Su lengua se desliza en mi boca y sé que estoy perdida.

Enredo mi lengua a la de él, y doy un respingo de sorpresa cuando siento su cálida mano bajo la tela de mi sujetador. He estado tan absorta en Sam que ni siquiera me he dado cuenta de hacía adonde nos lleva esto. No obstante, no puede importarme menos.

Le deseo, desesperadamente y por una vez, voy a darme el gusto de hacer lo que quiero.

Capítulo 16

Sam.

El aroma de Camilla me ha nublado el sentido. Tanto que cuando la beso su esencia inflama mi cuerpo y lo único en lo que puedo pensar es en lo mucho que la deseo.

Ansioso por sentirla más cerca, me separo con cuidado de ella y le sacó la blusa que tiene metida por la falda, para tirar de ella con cuidado. Camilla me ayuda a quitársela lo que me alivia porque significa que quiere lo mismo que yo.

Su sujetador le cuelga suelto de los brazos y es ella misma la que se deshace de él.

Estoy a punto de hacer lo propio con la falda, pero ella sonrío con travesura y me reclama que me toca a mí.

—¿Quieres que me quite la ropa?

—Por supuesto.

Sonrío en medio de la bruma de deseo que me embarga y me quito la camiseta con rapidez. Un instante después está alargando la mano para tocar mis tatuajes. Sus dedos suaves se pasean por ellos, pero se detienen en una zona especial de mi cuerpo.

—¿Es una cicatriz?

Asiento.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué no la has borrado?

Ahora mismo no deseo contarle mis penas, ahora mismo quiero besarla y hacerla mía.

—¿Después?

—Sí, después.

Vuelvo a reclamar su boca y esta vez es ella la que da el siguiente paso empujándome en el sofá y colocándose encima de mí.

Sentir su calidez sobre mi erección hace que esté a punto de perder el control, pero logro controlarme porque hay muchas partes de su cuerpo que deseo probar.

Siguiendo el esquema mental que he trazado para darme un festín separo mis labios de los suyos y los dirijo hasta sus hermosos senos. En cuanto mi lengua roza uno de sus pezones los dos se erizan de un modo tan sensual que se me hace la boca agua solo de imaginar todo lo que voy a hacer con ellos.

Sin perder más el tiempo me lanzo a por el otro y le dedico toda mi atención.

Camilla se estremece sobre mí y cada vez que mueve su lindo trasero me resulta más difícil seguir con lo que estoy haciendo.

—Toda la ropa, fuera —le pido al tiempo que tiro de la falda para quitársela.

Ella se ríe, pero me hace caso.

—¿Y la ropa interior?

La miro con ojos hambrientos y valoro mis posibilidades, está sentada sobre mí y quiero que siga donde está y al fin y al cabo su tanga es lo bastante delicado como para poder deshacerme de él sin problemas.

—La ropa interior es cosa mía —ordeno al tiempo que rasgo la fina tira que la mantiene en su sitio.

—Así está mucho mejor, pero estamos en desigualdad...

No la dejo seguir, de un solo movimiento me pongo de pie con ella entre mis brazos. Camilla grita por la sorpresa y se aferra a mí con brazos y piernas.

—Quítamelos.

Sin dejar de aferrarse a mí me baja los calzoncillos, de los que me deshago a patadas y la beso con pasión.

Una idea me ronda en la cabeza y con una sonrisa maliciosa, me separo de ella y la miro.

—Eres muy fuerte.

—Pues ahora vas a saber cuánto —digo y con cuidado la coloco donde quiero que esté.

Noto su sorpresa cuando comprende lo que deseo hacer, pero no le doy opción a protestar. No va a caerse ni voy a hacerle daño, puedo cargar con ella, deseo cargar con ella.

La penetro de un solo envite y, la sensación es tan intensa que me tambaleo sobre mis pies. De cualquier manera no voy a rendirme por lo que flexiono las rodillas y comienzo a moverme con intensidad dentro de ella.

Noto sus uñas en mis hombros y las siento como un mensaje para que siga con el ritmo que nos he impuesto a ambos. Profundo, más profundo, rápido, más rápido...

Intenso, único, especial. La liberación nos llega al mismo tiempo y es tan intensa que tengo que dejarme caer, todavía en el interior de Camilla, en el sofá, porque va a ser imposible que pueda sostenernos a ambos.

Cuando por fin podemos volver a actuar como seres civilizados, le beso un hombro y la miro sonriente.

—Ha sido maravilloso.

—Lo ha sido —confirma ella y por primera vez en mucho tiempo me siento en paz.

Capítulo 17

Camilla.

Hacer el amor con Sam ha sido la mejor experiencia de mi vida, con diferencia. Nunca me había sentido tan unida a nadie, ni siquiera a Simon, que es la única familia que me queda.

No obstante, tengo la sensación de que aunque me siento muy unida a Sam todavía me falta mucho para saber quién es. Apenas nos conocemos y sin embargo, le he ofrecido de mí más de lo que ha tenido nunca nadie.

Todavía tendida entre sus brazos en el sofá, noto como Sam se estira para coger la manta que, siempre dejo allí para taparme con ella cuando veo la televisión con Merlín, y nos cubre a ambos con ella.

—¿Me puedes contar ahora lo de tu cicatriz? —pregunto con tiento al recordar el detalle.

Siento su risa cuando mi cuerpo vibra pegado al suyo.

—Claro. No tiene ningún misterio —asegura—, me peleé con unos chicos del colegio cuando insultaron a Marge. Y antes de que pregunte te diré que Marge ha sido la única madre que he conocido. Durante muchos años viví con ella y con otros chicos en una casa de acogida que ella dirigía.

—¿Qué dijeron de ella?

—Dijeron que era una loca que coleccionaba niños igual que algunas mujeres coleccionan gatos. No iba a tolerar que hablaran así de ella. No se lo

merecía.

—Así que les pegaste.

—Les pegamos. Adam y Jacob también se vieron envueltos en el problema.

Me incorporo para mirarle a los ojos.

—¿Adam y Jacob? ¿Son tus hermanos adoptivos?

Asiente y es ahora cuando entiendo ese vínculo tan especial que había notado entre ellos.

—¿Por qué no te cubriste la cicatriz con un tatuaje? —pregunto al recordar su cuerpo.

—Sí que hay un tatuaje. Es solo que la tinta es especial y solo se ve con cierta luz. Lo hice así porque no deseaba olvidar lo que significaba esa herida. Jacob y Adam también se tatuaron con esa técnica cuando Marge murió.

—¿Murió? ¿Era muy mayor? —me embarga la pena al pensar que la mujer a la que Sam quiso como una madre también le dejó solo, pero a pesar de esa pena, recuerdo que todavía tiene a Adam y a Jacob y me siento un poco mejor.

—No. Murió por un cáncer cuando nosotros teníamos veintitrés años. Fue ella la que nos ayudó a criar a Edén, era una mujer maravillosa. —Recuerdo que Abby mencionó a Edén, por lo que sé que es la hija de Jacob.

—Lo siento mucho.

—Gracias, y ¿qué me dices de ti? ¿Cómo has acabado viviendo aquí?

Suspiro y me remuevo para colocarme más cómoda.

—Mis padres murieron en un accidente y tuve que irme a vivir con mi hermano Simon. Tiene solo dos años más que yo, pero la convivencia no fue bien y al final decidí buscar mi propio camino.

—¿Por qué no te fue bien con tu hermano?

Sé que debería decirle la verdad, que mi hermano no es una buena persona, que es de esos de los que eligen siempre el camino más fácil, aunque sea el incorrecto, pero no quiero hablar mal de él, de modo que contesto una verdad a medias.

—Tenemos caracteres muy distintos y chocábamos mucho.

—Supongo que es lo que suele pasar con los hermanos.

Le agradezco la intención, pero no estoy de acuerdo.

—Tú parece llevarte de maravilla con los tuyos.

Sonríe con esa sonrisa tan suya y me derrito otra vez.

—En materia de hermanos y de sobrinas, soy de los hombres más afortunados del planeta. —Ante semejante declaración no puedo más que besarlo.

Y lo hago porque lo deseo, pero también porque su bondad, su lealtad y su fortaleza me resultan más eróticas que su precioso y tatuado cuerpo.

Capítulo 18

Sam.

Me paso la semana siguiente visitando a Camilla y encontrándome, casualmente con Diane, en cada visita. Pero me niego a acusar a Camilla de planearlo porque sé que no es su estilo, de modo que me limito a echarle la culpa a Diane y a seguir disfrutando de mi chica.

Durante esa semana actuamos como cualquier pareja normal, la llevo a cenar e incluso la llevo a ver una película a un autocine, cuando me confiesa que nunca antes había estado en uno. El problema es que la intimidad que nos proporciona el autocine logra que ninguno de los dos vea la película.

Con cada nuevo encuentro la voy conociendo mejor.

En una de nuestras cenas me revela su mayor secreto, lo mucho que le preocupa el contacto físico con las personas que no conoce.

Es por ello que me convierto en una especie de paladín y la arropo para que no tenga que verse sometida al contacto de nadie.

—¿Y mis amigos? ¿Tocarlos a ellos también te incomoda? —necesito saberlo, aunque si la respuesta es afirmativa no sé qué voy a hacer. Todos ellos son mi familia, son importantes para mí.

—No.

Se ríe cuando ve mi expresión de alivio.

—Las chicas son maravillosas, Adam es calmante y Jacob es

completamente natural.

—¿Y Víctor?

—Víctor es un protector nato. No tienes que preocuparte por ninguno de ellos. Son todos muy buena gente.

Sonrío abiertamente.

—Lo sé. Tengo una especie de don para callar a las personas.

—¿Y Diane? ¿No vas a preguntarme por ella?

Al parecer no tiene intención de ponerme las cosas fáciles. Supongo que su amistad con ella la pone en una situación incómoda con todo este tema entre nosotros.

—Lo cierto es que no.

—Está muy mal por tu indiferencia. Nunca quiso abandonarte, Sam. Fue cosa de sus padres y después de que se recuperó los abandonó y nunca ha vuelto a hablarles.

Eso no lo sabía, pero saberlo tampoco va a lograr que olvide treinta y un años de mi vida.

—Nunca se casó ni quiso tener hijos.

—Eso no es culpa mía.

—No he dicho...

La corto antes de que esta conversación se vuelva más incómoda de lo que ya es.

Su boca sabe dulce y su contacto me enciende con rapidez. No obstante,

cuando estoy a punto de tirar de su jersey para sacarlo de en medio, se aparta y me mira a los ojos.

—Tengo que decirte algo.

¡Mierda! Tiene cara de que no va a gustarme.

—¿Qué sucede?

—Mañana no voy a poder quedar contigo.

—¿Cómo?

—Tengo planes. Lo siento.

—¿Qué clase de planes?

La muy bruja está tratando de preocuparme, pero el brillo de sus ojos me advierte de que las cosas no son tan preocupantes como creo.

—Voy a tener mi primera noche de chicas.

Respiro con tranquilidad, por fin.

—¿De verdad? ¿Y qué chicas van a acompañarte?

—A ver... —pone su palma abierta delante de mí y comienza a marcar con los dedos—, Eva, Jud y Abby.

—Abby está embarazada, no puede salir de noche —anuncio preocupado.

—Por Dios, Sam, solo vamos a cenar y...

Se calla y la incomodidad anterior regresa a mi cuerpo.

—¿Y?

—A un karaoke —reconoce avergonzada—. Creo que quieren ir a cantar.

Me rio con tanta fuerza que, Merlín que estaba sentado a mi lado, sale disparado del sofá por temor a que sea un sismo.

—Entonces no hay peligro. A no ser que cantéis tan mal que hagáis que llueva. —Me burlo.

—En mi caso así es, así que si sales llévate paraguas.

Capítulo 19

Camilla.

Las chicas vienen a recogerme todas en el coche de Jud, que es al parecer la única que no tolera el alcohol. Y a pesar de que las estoy esperando perfectamente preparada, ellas alargan el momento y me doy cuenta que se mueren por conocer a Diane.

Sonríó al comprender que sienten curiosidad, todas ellas son amigas de Sam y es lógico que quieran ver a su madre.

Para satisfacerlas, llamo a la puerta de Diane, con la excusa de que voy avisarla de que me marchó. Cuando mi amiga abre la puerta se topa con el curioso interés de tres pares de ojos que la escanean de arriba abajo.

—Buenas noches, Diane. Solo quería decirte que voy a salir esta noche.

Diane sonrío y cuando lo hace su parecido con Sam es más que evidente.

—¿Vas a salir a cenar?

Asiento y Diane mira a las chicas.

—¿Tenéis prisa o queréis pasar a tomar un refresco? Lo siento no tengo bebidas alcohólicas en casa.

—No creo que...

—Por supuesto que no tenemos prisa —me corta Eva—. Nos encantaría tomarnos un refresco estamos sedientas, ¿verdad chicas?

Mal disimulo una sonrisa mientras Jud y Abby asienten con energía.

Diane se aparta de la puerta, para permitirnos el paso y me guiña un ojo cuando paso la última.

Lo que empieza como una visita corta se transforma en una cena improvisada. Diane llama al restaurante chino y hace un pedido interminable de comida para un regimiento, pero después de ver a Abby engullir, no sé si ha sido una exageración o una decisión muy acertada.

Diane logra ganarse a las chicas en apenas unos minutos. Es una persona encantadora, educada y muy afectuosa, de modo que siendo ella misma se gana el cariño de sus tres visitantes inesperadas.

Sé que a Sam no le va a hacer mucha gracia cuando se entere de cómo han sucedido las cosas, pero también sé que perdonará a sus amigas si en algún momento se molesta con ellas.

Cuando parece que nunca va a salir el tema, al final aparece.

—¿De cuánto estás? —pregunta Diane a Abby.

—De doce semanas.

—Esas son las peores, después todo mejorará, ya lo verás. Se te pasaran las náuseas y te sentirás más activa.

—Ojalá porque ahora solo tengo que ganas de dormir o de comer.

—Un plan maravilloso para guardar la línea. —Se ríe Eva al tiempo que le pasa la mano a Abby por el estómago casi plano.

—La línea es la menor de mis preocupaciones. Me aterra el parto, no ser una buena madre... —se calla al darse cuenta de lo que ha dicho, pero no conoce

a Diane.

Mi amiga es mucha mujer, no se amilana con facilidad.

—Yo no tuve la oportunidad de ser una madre. Las personas que se supone que tenían que protegerme me la arrebataron.

—¿Qué quieres decir? —interviene Jud, que ha estado callada observando.

—Hubo problemas durante el parto y mis padres aprovecharon mi situación para dar a mi hijo en adopción.

—Eso es horrible. —Coinciden todas.

—Lo es. Perder a un hijo es el dolor más grande que una mujer puede sentir.

—¿Nunca lo buscaste? —vuelve a intervenir Jud.

—Lo hice, pero mis padres se negaron a contarme nada de modo que no tenía idea de por dónde comenzar a buscar. Los primeros años, apenas tenía fuerzas que para sobrevivir. Dejé todo lo que conocía y me tuve que ganar la vida. Hasta entonces había sido una niña bien y ahora tenía que trabajar para comer. Reuní todo el dinero que pude ahorrar y contraté los servicios de un detective privado, pero el dinero se acabó y el detective no encontró nada.

—¿Y te rendiste? —apuntó Eva.

—Puedes llamarlo así. Me cansé de tener esperanzas, de sufrir cuando estas se frustraban y decidí que lo mejor era dejar que Dios se encargara de lo que tuviera que pasar.

Desde mi posición puedo verlas a todas, e incluso, gracias a mi don puedo sentir lo que las embarga. Ninguna de ellas ha juzgado a Diane, simplemente la están escuchando, absorbiendo y compartiendo ese dolor que saben que sigue teniendo en su corazón, a pesar de haber encontrado a su hijo.

—Sam es un buen hombre. —He notado que Abby es la más cercana a él y es ella la primera en hablar para defenderle—. Necesita tiempo para asimilarlo todo.

—Es cierto, Diane. No te rindas esta vez, ¿de acuerdo? —pide Eva.

—No lo haré.

—Deberías contárselo todo. Tiene derecho a saberlo —aconseja Jud.

—Ya se lo he contado. Puede que no todo, pero sí la mayor parte.

—Entonces deberías buscarle y contarle lo demás —insiste.

Entonces Diane se da la vuelta y me mira directamente a mí.

—¿Tú no dices nada, cariño?

—Te perdonaré, Diane. Solo ten paciencia —le digo y ella tiene la deferencia de no preguntarme si el que habla es mi don o mi corazón.

Capítulo 20

Camilla.

El sábado por la mañana me dedico a cambiar las sábanas de la cama y a recoger la casa. Sam ha dicho que vendrá a recogerme a las nueve para cenar en el Edén con Adam y Jacob y las chicas y, que después cuando se abriera el local, vendrán Jud y Víctor para que no me quede sola mientras trabajan.

Supongo que al terminar la noche vendremos aquí. El piso de Sam es maravilloso, pero no quiero que Merlín pase tantas horas solo y Sam parece estar de acuerdo conmigo porque mi gato y él se han vuelto inseparables.

Estoy poniendo la secadora cuando suena el timbre de abajo.

No espero visita, pero Diane suele pasarse por casa cuando le parece por lo que imagino que será ella y dejo todo en la cesta para ir a abrirle.

Mi sorpresa al abrir y encontrarme con Simon es mayúscula. Mi hermano no suele venir a visitarme salvo cuando necesita dinero y ahora mismo, no tengo nada que darle porque tengo mis propios gastos y problemas.

Parece mentira que sea mi hermano. Físicamente no nos parecemos en nada. Su cabello es negro como el carbón mientras el mío es más bien dorado. Sus ojos son de un azul frío, que van acorde con su carácter mientras que los míos son verdosos y reflejan cada una de mis emociones. Por eso tengo que dominar mis expresiones y mi postura, para evitar que la gente pueda leerme solo con mirarme a los ojos.

—Hola, hermanita. No pareces contenta de verme —me dice con su mejor sonrisa falsa.

Me aparto para que entre y me quedo de pie tras él, a la espera de descubrir el motivo de su visita.

—Es solo que no te esperaba, Simon.

—Entonces ha sido una sorpresa.

—Así es. Y lamento no tener nada que ofrecerte, pero estaba limpiando y todavía no he ido a hacer la compra —señalo para que no se acomode.

Me observa con un brillo malicioso que me hace estremecer.

—Pero sí que tienes algo que deseo, hermanita. —Se deja caer en el sofá sin importarle que Merlín esté allí. De hecho si no es porque el animal sale disparado en cuanto ve sus intenciones lo habría aplastado al sentarse.

—¿De qué hablas?

—Me han contado que tienes novio.

—¿Cómo sabes...?

—Eso no es importante. Lo importante es que necesito trabajo y el Edén es un sitio perfecto para mí.

—¿Y qué quieres que haga yo? No tengo nada que ver con el Edén.

—Tu novio es uno de los dueños.

—¿Y?

—Tienes que pedirle que contrate a tu hermano. Estoy seguro de que te complacerá si tú... Ya sabes, hermanita, le complaces a él primero.

Siento una arcada que me sube por el estómago. Tengo que esforzarme sobre manera para no demostrarle a mi hermano lo repugnante que me parece.

—No voy a...

—No te olvides de quien te recogió cuando mamá y papá murieron. Me lo debes. —Me dice al tiempo que se levanta de mi sofá.

—Creo que te he pagado muchas veces esa deuda, Simon. Cada vez que vienes a pedirme dinero, si no recuerdo mal.

Mi hermano me mira con desprecio mal disimulado.

—Esa deuda no la vas a pagar nunca, Camilla, parece mentira que seas tan lista para algunas cosas y tan tonta para otras.

—Eres despreciable.

—Es posible, pero soy tu hermano y tú nunca dejarías colgado a alguien de tu propia sangre. Por favor, avísame de qué día y a qué hora empiezo en mi nuevo trabajo.

Capítulo 21

Camilla.

Estoy nerviosa e incómoda. No deseo que Sam piense que utilizo el sexo para pedirle favores, pero ha sido imposible hablar con él durante la noche. Primero porque estábamos rodeados de amigos, después porque estaba trabajando y en tercer lugar porque al llegar a casa estaba tan desesperada por estar con él que se me olvidó la odiosa petición de Simon.

Me remuevo incómoda en la cama y noto que Sam se incorpora un poco para mirarme.

—¿Va todo bien?

—No. Digo sí. No lo sé.

De repente se sienta en la cama y la sábana solo le cubre el regazo por lo que veo su atractivo pecho y me veo obligada a concentrarme para poder hablar con un mínimo de coherencia.

—¿Qué sucede Cami?

Yo también me siento, pero soy incapaz de hacerlo sin cubrirme con la sábana. En otro momento mi pudor habría divertido a Sam, pero en este momento parece tan preocupado que me siento culpable por lo que voy a hacer.

—Hoy ha venido a verme Simon.

—¿Tu hermano?

Asiento.

—¿Qué quería?

Suspiro y decido que le voy a decir la verdad. No puedo mentirle siempre sobre la clase de persona que es mi hermano, pero cuando estoy a punto de confesarle lo rastrero que es, la lealtad que todavía me queda por él me lo impide.

—Ha perdido su trabajo. Lo está pasando mal.

Sam me acaricia la mejilla.

—¿Y estás preocupada por él? —adivina.

—Sí.

Sé que voy a ir derecha al infierno por esto, pero no puedo decirle la verdad de Simon y esperar que le contrate y, por otro lado, si no logro que Sam le dé trabajo a mi hermano sé que este no me dejará en paz hasta que arruine lo que tenemos.

Y le quiero, no puedo perderlo.

Todavía no he tenido las fuerzas para decírselo, pero eso no significa que no sepa lo que siento realmente por este hombre maravilloso que está junto a mí.

—No te preocupes por eso, ¿de acuerdo? Hablaré con Adam y con Jacob. Siempre andamos cortos de camareros, podemos contratarle.

—Creía que eras tú quién tomaba las decisiones.

—Así es, pero son mis socios y mis hermanos, nosotros lo decidimos todo juntos. —Se ríe con ganas—. Excepto cuando contraté a Eva en contra de los deseos explícitos de Adam.

—¿Adam no quería que contratases a Eva?

—No.

—¿Por qué?

—Porque estaba loco por ella.

Esa respuesta sí que no me la esperaba.

—Tus amigos y tú sois unos tipos extraños, Samael Asher.

—Es parte de nuestro encanto, Camilla Watson.

Capítulo 22

Sam

De haber visto al hermano de Camilla antes de contratarlo jamás estaría trabajando aquí. No me gusta. Nada.

Parece mentira que sea hermano de Camilla. No solo no se parecen físicamente sino que tampoco lo hacen en otros aspectos.

El viernes fue el primer día que trabajó con nosotros y se pasó la mayor parte de la noche ligando con las clientas y regalando bebidas a las que él consideró que lo merecían.

Me vi obligado a descontarle esas bebidas de su sueldo, y por su reacción mi gesto no le hizo mucha gracia. A pesar de todo, le permití volver hoy y me he propuesto monitorizarle para que no se vuelva a repetir lo de ayer.

Por otro lado me preocupa que Camilla se sienta mal por esto, ella no tiene la culpa de lo que haga su hermano. Menos mal que vendrá más tarde con Jud y Víctor y para entonces espero tener ya solucionado el problema.

—Sam —me llama Simon a voz en grito.

Me acerco para ver lo que quiere.

Tiene delante a una rubia explosiva que nos mira alternativamente de él a mí.

—¿Qué pasa?

—¿Puedo tomarme el descanso ahora?

Miro mi reloj, no hace nada que hemos abierto las puertas, es imposible que esté cansado. Vuelvo a mirar a la rubia y comprendo su intención.

—Si lo haces después no podrás volver a hacerlo.

—Vale la pena.

Asiento y me pongo en su lugar para atender a los clientes.

Sé lo que es estar detrás de una barra, me he pasado media vida aquí. Primero trabajando para otros y después para mí mismo y sé que hay mujeres que se interesan por los tipos que pueden invitarlas a una copa gratis. Igual que también hay hombres así.

—¿Va todo bien? —pregunta Adam detrás de mí.

—No.

—¿Necesitas ayuda?

—Es posible.

—En media hora en mi despacho. Avisaré a Jacob.

—Yo llevaré la bebida, como siempre.

Adam sonrío.

—Me parece perfecto.

—¿Qué te parece perfecto? —pregunta Eva apareciendo por la barra.

—Vamos a hacer una reunión de socios en media hora —le dice— y Sam y yo hemos decidido dejarte a ti de jefa hasta que terminemos. ¿Verdad, Sam?

Asiento tratando de ocultar mi sonrisa.

—¿Voy a ser la jefa?

—Temporalmente. Sí.

—¿Eso quiere decir que seré yo quien mande?

Esto es está poniendo peligroso, pienso mientras veo el cerebro de Eva en movimiento.

Interrumpo a Adam antes siquiera de que abra la boca.

—No solo vas a ser la jefa, además necesito que vigiles a alguien. No me fío de Simon, ayer se dedicó a regalar bebidas.

—Me di cuenta, pero como no era la jefa no podía hacer nada.

Me doy cuenta de que estamos en problemas cuando Abby se acerca a nosotros con el ceño fruncido.

—¿Por qué va a ser Eva la jefa?

—Porque soy la que lleva más tiempo.

—No es cierto, Eva va a ser la jefa porque tú tienes que cuidarte y no queremos cargarte con tanta responsabilidad en tu estado —expone Adam con su tacto habitual.

Abby sonrío y la explosión de hormonas que tanto temía se queda en nada.

—Gracias, sois unos amigos estupendos.

Eva se inclina sobre ella y le da un beso en la mejilla.

—No vas a ser la jefa, pero te necesito para que me ayudes a espiar a alguien —apunta tomándola del brazo y marchándose con ella.

Capítulo 23

Sam

Tal y como había esperado tanto Adam como Jacob comprenden el dilema en el que me encuentro ahora mismo.

Estamos reunidos en el despacho de Adam con una de nuestras mejores botellas de whisky, cómo resolvemos siempre cualquier problema que se nos presente.

—Siempre puedes decirle a Camilla que te hemos pedido nosotros que lo despidas. —Ofrece Jacob.

—Gracias, pero sabe que el tema de la contratación es cosa mía. No se lo creería.

Adam se ríe de mí.

—Eso te pasa por alardear.

—Es cierto —corroborra Jacob al tiempo que se lleva a los labios el vaso que contiene el oro dorado que se bebe.

—Puede que tengáis razón, pero eso no soluciona mi problema. No me gusta Simon. No me fio de él y es el hermano de mi novia, no puedo echarlo así como así y esperar que ella lo comprenda.

—Tampoco sería así como así. Ayer regaló bebidas —insiste Jacob—. Bebidas que no le pertenecían. Fue algo similar a robar.

—En eso tiene razón. —Ofrezco mi apoyo a Jacob.

—Por supuesto que tiene razón, pero era su primer día.

—¡Mierda! Adam tiene razón, era su primer día, no sería justo despedirlo por algo que hizo el primer día de trabajo y me siento frustrado por eso.

—A lo mejor Camilla lo entiende y no se lo toma mal. Parece una chica muy razonable —apostilla Jacob.

—Es su hermano. Ninguno de nosotros seríamos razonables si estuviésemos en su lugar. Meterse con la familia es un tema serio.

De nuevo Adam vuelve a tener razón y me siento peor por no poder hacer lo que deseo sin hacerle daño a Camilla. No me gusta Simon y, sobre todo, no me fío de él.

Desde siempre he tenido un sexto sentido para las personas, me resulta fácil saber el tipo de individuos que son y con Simon tengo un mal presentimiento.

—Pareces el padrino —se burla Jacob, pero a pesar de las bromas los tres pensamos lo mismo.

—Es que la familia es importante —repite Adam ahora emulando la voz de Marlon Brando en la película.

—No seamos tremendistas. A lo mejor esta noche se comporta. Después de todo le descontaste el dinero de las invitaciones. —Jacob apura su bebida y se levanta.

Simon no es santo de la devoción de nadie en este despacho, pero es evidente que yo soy su peor detractor.

—No creo que vayamos a tener tanta suerte. —Y lamentablemente para mí no la tenemos.

Capítulo 24

Camilla

Llego al Edén acompañada de Jud y de Víctor que han pasado a recogerme, por lo que lo primero que hago cuando cruzo el umbral es buscar a Sam.

Me extraño al no verlo en la barra, por lo que salgo la parte de atrás para comprobar que no se haya cogido un descanso.

Al no encontrarlo ahí regreso a la barra y me decido a preguntarle a Simon, que está allí poniendo copas. Por lo que veo parece que le ha pillado el truco al trabajo lo que me relaja un poco. Me preocupaba que se aprovechara de la situación y no hiciera lo que se esperaba de él.

—¿Has visto a Sam?

Niega con la cabeza.

—Creo que está con Adam y con Jacob, porque aquí está ahora Eva al mando.

Busco a mi amiga con la mirada y la veo dándole indicaciones a Marcos, el camarero.

Sonrío al verla tan atareada y me encamino hacía el despacho de Adam para avisar a Sam que ya estoy aquí.

Cuando estoy a punto de llegar a la puerta escucho la voz de Sam y el corazón me da un vuelco de alegría. No obstante, la alegría inicial se torna en

preocupación cuando presto atención a lo que dicen.

Están hablando de mi hermano y no en muy buenos términos.

La vergüenza me atenaza y salgo corriendo de allí antes de que me vea alguien.

Sé perfectamente lo que tengo que hacer y a quién he de pedirle explicaciones por lo que me dirijo a la barra en la que está mi hermano y me planto delante de él.

—¿Qué hiciste ayer?

Me mira confundido.

—No sé a qué te refieres.

—¿Es cierto que regalaste copas?

Se encoje de hombros.

—Es posible.

—¿Por qué? No eres el dueño para regalar nada a nadie.

—No le des tanta importancia, Cami. No la tiene.

Estoy a punto de replicarle cuando pasa la mano por encima de la barra y me coge del brazo.

—Muévete más a la derecha —pide y siento cómo tira de mí para que lo haga.

Inconscientemente le hago caso. Ni siquiera me paro a pensar en el motivo por el que quiere que lo haga. Entonces le veo sacar un papel del bolsillo de la camisa y dárselo con disimulo al cliente que tengo a mi derecha.

La situación me supera tanto que ni siquiera reacciono. Me limito a observarle con incredulidad.

El problema es que antes de que pueda decir algo aparece Sam por la barra y coge a Simon por el brazo para apartarlo de allí y decirle lo que, seguramente, piensa de él.

A toda prisa doy la vuelta y me meto en la barra para seguir su conversación.

—Quiero que te largues de aquí ahora mismo —exige Sam a Simon—. Lárgate o llamaré a la policía y le contaré a qué te dedicas. ¿Para eso querías trabajar aquí? ¿Para ampliar tu zona de venta?

—Eso no es de tu incumbencia.

—Que vendas drogas en mi local es de mi total incumbencia. Por lo que desde este momento tienes prohibido el acceso al Edén.

Simon sonríe como si no tuviera importancia.

—Vuelve y te denunciaré a la policía.

—Si lo haces te acusaré de ser mi cómplice. Y estoy seguro de que mi hermana me apoyará. ¿No es cierto, hermanita?

Siento que las náuseas me suben por la garganta junto con las lágrimas que no quiero derramar.

—Eres una basura. ¡Fuera de aquí!

Mi hermano sabe que tiene todas las de perder con Sam por lo que no espera a que se lo repita y se marcha a toda prisa. Ni siquiera me ofrece una

disculpa o se despide de mí.

Sé que Sam espera que diga algo, pero me siento tan avergonzada que no puedo pronunciar palabra.

—¿Tú lo sabías?

—¿Cómo dices?

—Sabias para qué quería tu hermano trabajar en el Edén. ¿Le ayudaste a entrar para que vendiera drogas en mi local?

No puedo creer que me esté preguntando esto. Lo oigo y no me lo creo.

Es cierto que no le dije la clase de persona que era Simon, pero de haber sabido lo que pretendía jamás le hubiera ayudado a entrar a trabajar en el Edén. Habría preferido que me acosara y que me pidiera dinero a que se aprovechara de la confianza de Sam.

—No puedo creer que me estés preguntando esto.

—Pues créetelo porque espero una respuesta.

Le miro asombrada y dolida a partes iguales.

—¡No! No lo sabía. ¿Te vale esta respuesta? —le grito enfadada.

—La verdad es que no lo sé —confiesa—. Ahora mismo no sé si creerte.

Su sinceridad me cae encima como una losa. De repente siento encima el peso de sus dudas y de mi culpa por no haberle dicho que Simon no era de fiar, pero por encima de esa culpa me siento abandonada, perdida... Aposté todo lo que tenía por Sam y ahora me he quedado sin nada.

No puedo seguir mirándole, seguir tan cerca de él. No después de lo que

acaba de decirme.

Por ello me dio la vuelta y salgo del Edén. No me importa tener que ir apartando a la gente que baila de mi camino, no me importa tener que tocarles, lo único que deseo es estar fuera de aquí para volver a respirar.

Capítulo 25

Sam.

El domingo no salgo de casa en todo el día. Estoy demasiado cansado física y mentalmente para hacer nada más que tirarme en el sofá y ver la televisión.

En varias ocasiones cojo mi teléfono y escribo un mensaje, pero antes de enviarlo me arrepiento y lo borro. Una vez pasado el calentón del momento reconozco mi error, no tendría que haberle hablado así a Camilla, pero estaba enfadado.

Enfadado porque me hubiera pedido ayuda para su hermano y supongo que también celoso de que lo escogiera a él por encima de mí.

Después de darle más y más vueltas al tema me pongo de pie de un salto y me voy a la ducha, necesito despejarme y sobre todo aclarar las cosas con Camilla.

No puedo dejarla escapar por miedo a que me confiese que le importa más Simon que yo.

Por todo ello me ducho a la velocidad del rayo y me visto aún más rápido. Siento que me he pasado horas perdiendo el tiempo y que quizás, ahora sea demasiado tarde.

Con las llaves del coche en la mano me detengo un segundo para valorar si sería mejor avisarla de que voy a verla, pero de nuevo me entra el pánico y lo

dejo correr.

Tardo diez minutos en detenerme frente a su casa.

Bajo del coche y me dirijo a su puerta. Estoy nervioso, yo que nunca me ha importado la opinión de nadie estoy nervioso por culpa de la mujer de la que me he enamorado.

Lo sé con una certeza absoluta y eso que es la primera vez que me sucede.

Alzo la mano para llamar al timbre, pero la puerta de la casa principal se abre antes de que lo haga y Diane se asoma por ella con el ceño fruncido y una expresión amenazante.

—¡Entra! —me exige y se aparta para que pueda pasar.

—Tengo que...

—He dicho que entres ahora mismo en casa, jovencito.

¿De qué va esto?

No tengo la más remota idea de por qué lo hago, el caso es que le sigo el juego y entro.

Su casa está muy bien decorada, es amplia y diáfana.

La sigo por un ancho pasillo y entramos en una estancia grande y luminosa con sofás, una mesa pequeña y muchas estanterías de libros.

De modo que tenemos algo en común, pienso al ver la cantidad de libros que hay en las estanterías. No obstante, me veo obligado a dejar mis pensamientos para otro momento cuando Diane me interrumpe.

—¿Qué le has hecho a Camilla?

—¿Cómo?

—Me has oído perfectamente. Te he preguntado qué le has hecho porque lleva llorando desde ayer cuando llegó del Edén.

Estoy a punto de responderle que no es de su incumbencia, pero su expresión me reta a que lo haga y sé que no voy a tener más remedio que contarle la verdad.

—Discutimos por culpa de su hermano.

—¿Simon ha vuelto a molestarla?

—¿A molestarla?

Diane asiente y sus ojos echan chispas de furia.

—Aparece cada cierto tiempo para pedirle dinero. A veces incluso ni siquiera lo pide, simplemente aparece y se lo lleva.

—¿Y Camilla lo permite? —la incredulidad tiñe mi voz.

—Camilla se engaña con Simon. Es su hermano, la única familia que le queda. La pobre todavía cree que cambiará.

—Me pidió que le diera trabajo.

—Estoy segura de que no fue cosa suya. Seguramente él la presionó o incluso la amenazó para que lo hiciera.

La rabia comienza a bullirme en la sangre.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué no me contó la historia completa?

—Es su hermano.

—Y yo su novio.

Diane suspira y su expresión se vuelve melancólica.

—La familia es importante, Sam. A veces lo único que nos mantiene cuerdos es la familia o el recuerdo de ella. Camilla quiere a su hermano, a pesar de quien es, porque es lo único que le queda de sus padres. No puedes enfadarte con ella por eso porque ni siquiera es consciente de que lo hace. El amor es instintivo. No voluntario.

Las palabras de Diane se me clavan en el alma y no puedo más que mirarla y ser consciente, por primera vez, que a lo mejor, lo que me contó es cierto, que ella nunca quiso abandonarme. Que al igual que a mí me arrebataron la posibilidad de conocerla a ella le hicieron lo mismo conmigo.

—¿Has perdonado tú a tu familia?

—No, pero no es la misma situación. De cualquier manera que no les haya perdonado no significa que no les eche de menos.

La observo y pienso en lo solitaria que debe de haber sido su vida sin nadie a su lado. Yo he sido un afortunado, he tenido a Jacob a Adam y después a Edén, no recuerdo haber estado solo nunca.

—No creo que pueda llamarte mamá, de momento —le confieso y no sé de dónde han salido las palabras.

Ella abre los ojos sorprendida y veo cómo de un segundo a otro se le empañan.

—Puedes llamarme como quieras siempre y cuando me dejes entrar en tu

vida.

Asiento.

—Adam y Jacob son mis hermanos. Me gustaría que los conocieras, si no te importa.

—Me encantaría. —Ahora ya no hay ojos empañados sino mejillas cubiertas de lágrimas.

Sé que espera algo más de mí, que la abrace o que diga algo más profundo, pero le he dado todo lo que soy capaz de dar ahora mismo.

—Voy a irme a ver a Camilla.

Asiente

—Trata de entender su postura.

—De acuerdo. Te veo mañana, Diane.

—Estaré aquí cuando quieras venir, Sam. No voy a irme a ninguna parte.

Capítulo 26

Sam

La tensión que tengo me atenaza se suaviza un poco cuando Camilla me abre la puerta. Que lo haga es ya un gran paso, dado el modo en que la traté.

En cuanto entro en la casa Merlín se pasea por mis piernas y me da la bienvenida. Me agacho a cogerlo porque me siento más protegido con él en mis brazos. Más valiente.

Camilla está parada frente a mí y a juzgar por lo rojos que tiene los ojos es cierto lo que me ha dicho Diane y ha estado llorando.

—Lo siento —me disculpo y lo hago de corazón.

—No, lo siento yo. Tendría que haberte contado cómo es Simon.

—Es tu hermano, es lógico que quisieras protegerlo.

—Me daba vergüenza contarte la verdad y que creyeras que yo era como él. De cualquier modo no sabía lo de las drogas, te lo juro y, a pesar de lo que dijo, jamás habría testificado en tu contra.

—Lo sé.

—Te quiero. No me importa decírtelo aunque tú no sientas lo mismo. Es la verdad, te quiero.

Mi corazón se hincha de dicha y tardos unos segundos en reaccionar.

—Yo también te quiero, Camilla. ¿Cómo puedes dudarlo?

Ella rompe a llorar de nuevo y se lanza en mis brazos, todavía con Merlín

en ellos. El gato no parece molesto por encontrarse en medio de los dos.

—Creo que le gusta que nos hayamos reconciliado —le digo a Camilla con una sonrisa.

—Eso parece, pero para mí no hay reconciliación posible sin un beso en condiciones.

La beso antes de que me lo vuelva a pedir.

Necesito mis manos para poder aprisionarla contra mí por lo que dejo a Merlín en el suelo.

—Lo siento, colega, la chica me gusta más.

Camilla se ríe y se cuelga de mi cuello.

—Así está mucho mejor. —La vuelvo a besar, esta vez poniendo los cinco sentidos en ello.

Epílogo

Sam.

Miro a Diane con preocupación y repito la pregunta que he estado haciéndole durante todo el trayecto hasta aquí.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Podemos dar la vuelta y regresar.

Ella asiente.

—Creo que ya es hora. ¿Estás seguro tú de que quieras acompañarme? No tienes el porqué hacerlo si no quieres, no deseo presionarte.

Esta vez soy yo quien asiente. Pero el caso es que lo hago por solidaridad porque no me avergüenza confesar que estoy asustado.

—¿Qué ha dicho Camilla de esto? —pregunta mi madre con una sonrisa.

Sé que quiere animarme, pero ni siquiera el recuerdo de la mujer de mi vida logra que me calme.

Aun así, le digo lo que Camilla me ha dicho.

—Que va a ir bien.

—¿Solo bien?

En realidad mi novia ha dicho que la familia va a volver a estar unida, pero aunque confío cien por cien en mi chica no quiero que mi madre se cree esperanzas que pueden desmoronarse por cualquier pequeño gesto.

—Mamá, ¿por qué simplemente no salimos del coche, caminamos los

escasos metros que nos separan y llamamos a la puerta? Me está matando estar aquí sentado.

—Tienes razón. Hay que ser valiente.

Antes de que me dé tiempo a arrepentirme abro la puerta y salgo a toda prisa del coche para colocarme en el lado del copiloto y ayudar a mi madre a salir.

Cierro el coche y echamos a andar.

—A lo mejor no les gusto —expreso mis dudas por primera vez en voz alta.

—A lo mejor no te gustan ellos a ti —me defiende ella, y un agradable calorcillo me sube por el estómago y me reconforta.

La distancia es tan corta que en unos segundos estamos parados frente a una puerta de madera.

Mi madre me mira a la espera de que sea yo el que llame.

No me lo pienso y presiono el timbre.

Ya está hecho.

Ahora toca esperar.

Oímos pasos que se acercan y un segundo más tarde, hay un hombre mayor, con los ojos profundamente negros, a pesar de que todo lo demás en él es blanco, la piel, el cabello... Me mira directamente a los ojos, sin haber detectado todavía la presencia de mi madre a mi lado.

—¿Qué desea, jovencito? —pregunta con una voz grave.

—Hola, papá —saluda entonces mi madre, y él fija la mirada en ella y le veo tambalearse sobre sus pies.

—¿Diane? ¿Eres tú hija mía?

—Sí, papá. Soy yo.

—Elena. —Grita él, llamando a alguien que está en la casa.

Un instante después aparece una mujer, que es el vivo retrato de mi madre, solo que con treinta años más encima.

—¿Diane? —pregunta ella.

—Hola, mamá.

Las lágrimas le caen por las arrugadas mejillas y es entonces cuando repara en mí. La veo llevarse la mano a los labios y sus lágrimas corren más rápido que antes.

—¿Samael, eres tú?

— Hola, abuela.

Sobre Olga Salar

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, Un amor inesperado (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil Lazos Inmortales (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar Cómo sobrevivir al amor (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de Quédate esta noche (Kiwi), Íntimos Enemigos (Versátil), Una cita Pendiente (Versátil), Una noche bajo el cielo (Kiwi), Jimena no deshoja margaritas (Versátil), Solo un deseo (Zafiro. Planeta), Di que sí, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, He soñado contigo (Versátil), Romance a la carta (Versátil) Un beso arriesgado (HQÑ) e Igual te echo de menos que de más (Los Libros del Cristal), Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor (Los Libros del Cristal), Deletréame Te Quiero (HQÑ), Contigo lo quiero todo (HQÑ).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora



OLGA SALAR

*Una noche
en el Edén*

Una noche en el Edén

(Serie Edén nº1)

Cuando Eva decide salir esa noche, a pesar de que sus amigas la dejan plantada, lo que menos espera es terminar en el Edén, viviendo una serie de misteriosas y sorprendentes coincidencias. La mayor de ellas, Adam, un tipo que le acelera el corazón y le funde el cerebro con sus besos.

¿Pero qué le deparará la noche más tentadora de su vida?

[Comprar](#)



OLGA SALAR

Una Cita
en el Edén

Una cita en el Edén

(Serie Edén n°2)

Judith es una mujer que sabe lo que quiere, y lo más importante, no tiene miedo al trabajo duro para lograrlo. Por ello cuando aparece en su vida un hombre que logra romper todos sus esquemas, cree que lo mejor es salir huyendo. El problema es que él no está dispuesto a consentirlo.

[Comprar](#)



Una fiesta en el Edén

(Serie Edén nº3)

Abby está decidida a empezar una nueva vida en la que los hombres no terminen lastimándola. Para ello ha decidido dejarlos fuera y dedicar su tiempo y esfuerzo al trabajo.

Con lo que no ha contado es con su mala costumbre de verbalizar sus pensamientos, sean cuales sean, ni con la aparición de un hombre que la descoloca porque es completamente opuesto a lo que había imaginado.

En esas circunstancias está perdida, y lo peor, es que lo sabe.

[Comprar](#)

Martina 1
*Agitada,
no revuelta*



*Mezclada,
no enredada*



Martina 2

SERIE COMPLETA

+

Capítulos inéditos

Olga Salar

Serie Martina: Martina agitada, no revuelta y Martina mezclada, no enredada + 2 Capítulos extra.

Martina agitada, no revuelta.

“¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario.

El karma os lo agradecerá.

Martina mezclada, no enredada.

Martina Vega está de vuelta. Su vida ha cambiado y ya no está agitada, ni revuelta, sino mezclada, no enredada. El amor es lo que tiene, nos transforma sin que nos demos cuenta. ¿Pero qué queréis que os diga que no sepáis todos ya? Las mezclas, a veces, ofrecen los mejores sabores.

¿Quieres averiguar qué tipo de cóctel será este? ¿Dulce? ¿Amargo o quizás picante?

En Martina mezclada, no revuelta, tienes la respuesta.

[Comprar](#)



HQN™

OLGA
SALAR

Di que *Si*

he loves me not

he loves me

he loves me not

he loves me

Di que sí

Elba Vilanova es una exitosa periodista y madre soltera de una niña de doce años. Por casualidad conoce a Efrén Ventura, famoso músico de rock e ídolo de su hija, y salta la chispa. Cuesta mantener la indiferencia ante el encanto del artista, pero todo cambia cuando aparece en escena Max, padre de Alma, desaparecido años atrás. Max ignora la existencia de su hija, y su llegada pondrá a Elba entre la espada y la pared. ¿Debe continuar la historia con una salvaje estrella de rock más joven que ella o darle una oportunidad a su primer amor y tener por fin la familia con la que siempre ha soñado?

Olga Salar una ofrece una historia irresistible con un difícil dilema y unos personajes atractivos y sugerentes... tanto los principales como los secundarios.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA
SALAR

*Un beso
arriesgado*



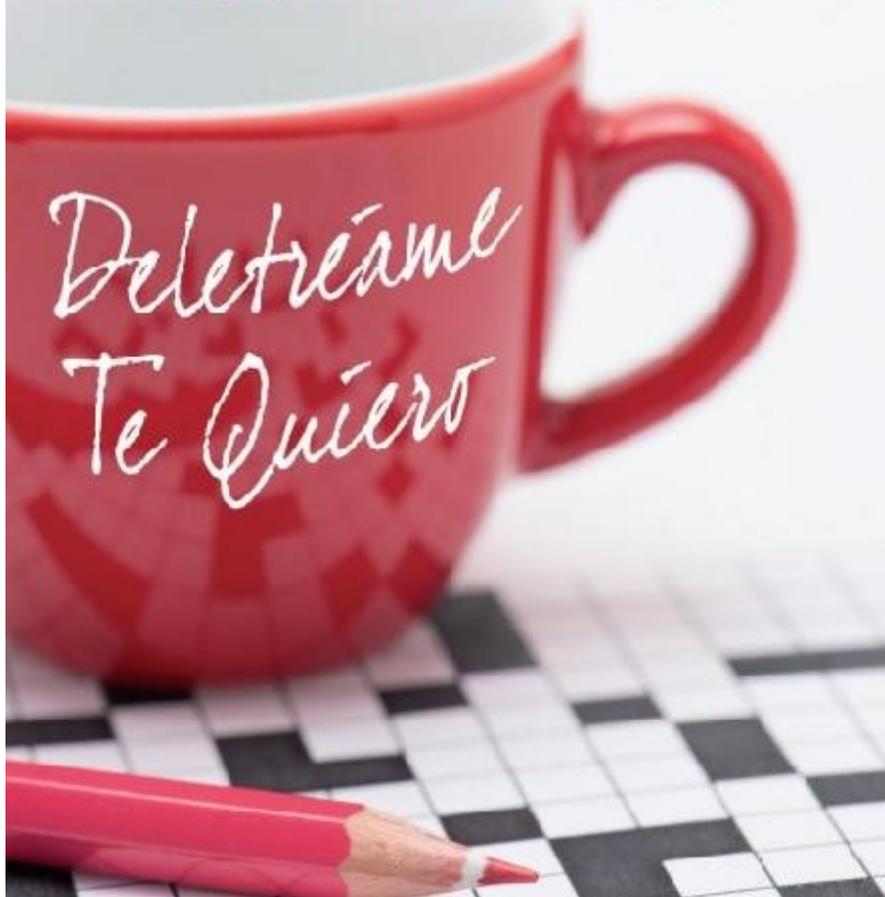
Un beso arriesgado.

Efrén Ventura, famoso músico de rock que tiene cautivado al público femenino, va a toparse con la prueba más dura a la hora de obtener inspiración para su próximo álbum: la bella joven que lo atrae y lo confunde es su mejor amiga... y periodista. Verónica, rubia y sexy, conoció a Efrén por medio de una amiga en común del periódico donde trabaja, y las llamadas ocasionales se han ido transformando en largos ratos de secretos y confidencias. Efrén es dulce, atractivo e irresistible, con un gran sentido del humor, pero no parece querer más que una amistad. Para colmo, el jefe de Verónica quiere que lo entreviste en calidad de superestrella. Con el recelo que los famosos sienten hacia los periodistas... ¿Será posible cruzar esa barrera? Verónica cree que sabe todo de él, menos lo que siente de verdad cuando la mira.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR



En *Deletréame Te quiero* nos encontramos con Irene, una maestra de vocación, que está decidida a enseñar al que no sabe, aunque la lección sea el amor y el precio sea una apuesta que no está segura de poder satisfacer.

Aprender a amar es, a veces, la lección más difícil de enseñar o asimilar.

Irene tiene un carácter protector que la lleva a estudiar Magisterio infantil y a proteger a todas las personas a las que quiere. Movida por ese afán de cuidar a sus seres queridos, sale con su hermana mayor a una discoteca para celebrar que esta vuelve a ser una mujer libre. Sin embargo, su noche se irá al traste cuando el hombre que la ha cautivado se interese por su hermana en lugar de por ella.

Aunque el detalle la dejó tocada, Irene no habría vuelto a pensar en ello de no ser porque el primer día del curso escolar se topa con una sorpresa entre la fila de padres que acompañan a sus hijos al colegio.

Desde ese momento, tendrá que lidiar con una niña huérfana de madre que apenas habla y que se aferra a ella en busca de afecto, y con el padre de la pequeña y su descomunal ego, solo comparable a su atractivo.

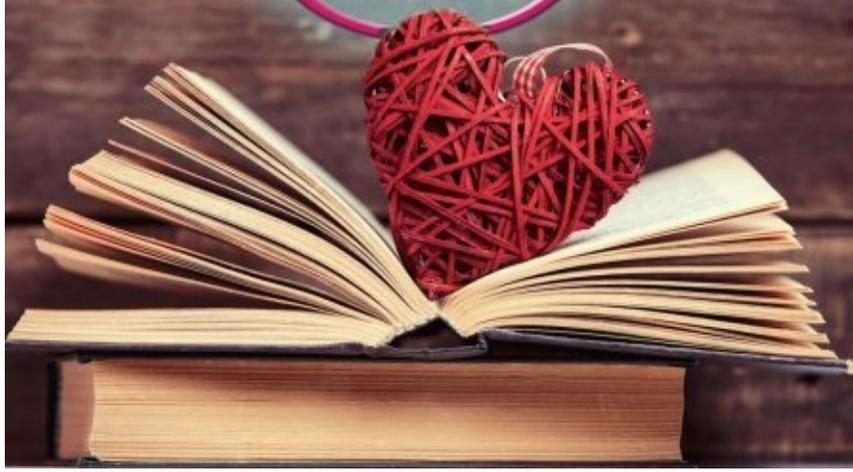
Como era de esperar, el amor llegará despacio y casi sin darse cuenta, entre relatos de lobos y cerditos arquitectos, gatos abandonados, letras y desencuentros cargados de química.

[Comprar](#)

HQN™

OLGA SALAR

contigo
lo quiero
todo



Contigo lo quiero todo.

¿Puede el hermano, amigo y profesor perfecto ser un desastre en el amor? ¿O es que el amor para ser real debe ser imperfecto?

Camden Nash era el hermano perfecto, el profesor enrollado y el mejor amigo que una chica podía tener. Sus carencias se centraban en el terreno sentimental, precisamente el campo en el que estaba interesada Charlotte Shepard o, más bien, en el que había estado interesada hasta que una delatora mancha de carmín le mostró lo que se había negado a ver: que Camden no era el tipo de hombre que se interesaba por mujeres inteligentes, independientes y formales como ella.

Por eso había apartado de su mente y de su corazón los sueños románticos y se había centrado en lo único que en ese instante necesitaba de él: su privilegiado cerebro. Imprescindible para terminar el proyecto del curso de verano que el decano les había obligado a impartir juntos. La pega era que por mucho que Charlotte deseara trabajar con Camden vía email, iba a tener que transigir y quedar con él... a solas.

Aunque, bien mirado, tampoco era un problema. Después de todo, ella no era su tipo, ¿no?

^[1] ¿Qué vas, qué vas a hacer? Eres mi pecado intencional. Te siento cuando tú tocas mi piel. Me tienes enamorada y no me dejas entrar. Cuando miro a tus ojos, estoy al borde.

[2] Cada lágrima, cada duda. Cada vez que te caes. Cuando estás sufriendo, sintiéndote avergonzado. Cuando estás anestesiando tu dolor. Cuando pierdes el camino. Y siéntete tan lejos. Que no eres tú.